

NIÑOS DE LA BIBLIA.



COJE ESE PEZ, Y SUJETÁNDOLE DE LAS ALETAS SIN TEMOR, SÁCÁLE Á TIERRA.

XXVI.

TOBÍAS Y AZARIAS.

Después de haber cruzado las abrasadoras arenas del desierto, espuestos á los rayos de un sol ardiente, llegaron el joven Tobías y su compañero de viaje, que gustaba designarse con el nombre de Azarias, á un sitio apropiado para disfrutar algún descanso. Tobías no acostumbrado á las jornadas y fatigas de un largo viaje, estaba rendido de cansancio, sus pies entumecidos.

Enero de 1849.

dos y las sandalias estropeadas. El calor era sofocante; reinaba en la atmósfera aquella calma precursora de una tempestad, y de vez en cuando el relámpago brillaba fugaz y deslumbrador sobre el fondo opaco de las densas nubes que asomaban en un extremo del horizonte. En tal situación y cuando mas necesitaban alivio y frescura, llegaron los dos viajeros á las frescas orillas de un río, cubiertas de verdor y de graciosos arbustos, en cuyas hojas se percibía un ligero efecto del manso viento y en cuyas ramas posaban algunos delicados pajarillos. Era el río Tigris, rápido como una flecha y que-

TOMO III. 3

brándose contra las puntas de las peñas con grande estrépito, mientras que en otros parages adonde alcanzaba la vista y donde el terreno le permitía ensanchar su cauce, presentaba la plateada superficie de sus aguas, tersa y tranquila como si fuese la de un lago.

—Detengámonos aquí para descansar, dijo Azarias á su compañero, que seguía por la orilla del río como embebido en la contemplación de aquella naturaleza agreste, y Tobias obedeció al instante en virtud de la influencia que sobre él ejercía su misterioso compañero. Una de las primeras operaciones del joven fué quitarse las sandalias de los pies, y tanto por limpiárselos del polvo del camino, como por disfrutar la frescura del agua, los introdujo en el río. Hallábase reclinado y gozando aquella frescura que le reanimaba y difundía una calma deliciosa en todo su ser, cuando de improviso el agua se agita y entre remolinos de espuma asoma la cabeza de un monstruoso pez que con los ojos saltones y abierta su enorme boca viene á arrojarse sobre Tobias. Este lleno de espanto saca los pies del agua y se arroja en brazos de su compañero, gritando:

—Azarias, Azarias, sálvame.

Azarias sereno, contiene al joven, le hace que mire al objeto que tanto le horroriza, y acereándole mal de su grado hacía él, le dice con dignidad.

—Coge ese pez, y sujetándole de las aletas sin temor, sácale á tierra.

Tobias subyugado por aquel tono de voz que no admite réplica y por la misteriosa influencia que en él ejerce su compañero, ase valientemente al pez y le saca á la orilla, donde el terrible animal, viéndose en seco, estuvo palpitando, retorciéndose y colean-do por un buen rato, mientras que el perrillo de Tobias, todo azorado, manifestaba con sus ladridos cuanto le incomodaba la presencia de aquel extraño huésped.

—Ahora, continuó Azarias, destripa ese pez y guarda cuidadosamente el corazón, el hígado y la hiel, porque nos han de servir para un remedio prodigioso.

Hízolo así cuidadosamente Tobias, y la carne del pez, después de haberles proporcionado un imprevisto banquete, fué preparada con sal para que sirviese en el resto del camino que Tobias emprendió muy gozoso, satisfecho de su reciente victoria y esperándolo todo del poder de su compañero.

No era por cierto vana esta confianza: antes de llegar al término de su viage, dirigieron sus pasos hácia la ciudad de Ecbatana, donde según Azarias pronosticaba al joven, le esperaba un próspero destino; encaminándose, así que llegaron á ella, á la casa de Raguelo, paisano y aun pariente de Tobias.

Hallábase Raguelo á la puerta de su casa en compañía de su esposa, cuando aparecieron los dos huéspedes y lo primero que le chocó fué el rostro de Tobias, por lo que no pudo menos de decir á su esposa:

—¿Qué parecido es ese joven á un sobrino que yo tengo!

Después lleno de alegría salió á recibir á los desconocidos, preguntándoles con el mayor agasajo.

—¿De donde sois, jóvenes hermanos míos?

—De la tribu de Neptalí, y pertenecemos á los cautivos del pueblo de Israel que ahora residen en la ciudad de Ninive.

—¿Conoceréis entonces á Tobias, hermano mío?

—Y mucho que le conocemos, contestaron los jóvenes sin hacer por entonces mayor revelación; mas al ver que Raguelo entusiasmado al oír el nombre de Tobias, prorumpia en mil alabanzas de su persona, Azarias exclamó:

—Ese Tobias por quien preguntas y ese varón justo á quien alabas, es el padre de ese joven.

Entonces la alegría de Raguelo no tuvo limites: abrazó estrechamente á Tobias, le besó y derramó lágrimas de ternura, introduciéndole en la casa, donde todo se le hacia poco para obsequiarle, y de donde no le permitió salir, ni aun para ir á cobrar la deuda que le habia encargado su padre, á lo que se prestó generosamente Azarias,

que era la providencia de todos ellos.

Antes de partir, y despues de haber preparado á Tobias, anunció á Raguelo que aquel jóven su pariente y con inmediato derecho á sus bienes, era el destinado por Dios para ser el esposo de su hija Sara, tan bella como virtuosa, y que solo el jóven Tobias habia de triunfar de la muerte á la que parecian condenados todos los esposos de aquella jóven, porque mientras que ellos iban animados de deseos impuros y profanos en el matrimonio, Tobias recibiria á Sara con temor de Dios y animado únicamente del santo deseo de que en ellos y en su descendencia se perpetuasen las bendiciones prometidas por el Todo Poderoso á la estirpe de Abraham.

—Ya no dudo, contestó enagenado Raguelo, que el Señor atiende á mis lágrimas y ha escuchado mis súplicas. Si, él es el que os ha traído á mi casa, para que mi hija pudiera unirse con un varon santo y de su estirpe, segun la ley de Moisés. Yo se la entregaré y con ella cuanto la pertenece y cuanto yo tengo, y el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob sea con ellos y los bendiga para siempre.

Concertadas las bodas é invitados los parientes, vecinos y amigos, dispuso Raguelo que se celebrasen con la magnificencia que correspondia á los bienes que gozaba, y al regocijo que le causaba este suceso. Precisamente en el momento de celebrarse el nupcial banquete, llegó Azarias de vuelta

de su viage, trayendo no solo los diez talentos de la deuda, sino al mismo Gabelo, que noticioso de que tan cerca se hallaba el hijo de su amigo, y de las prosperidades que le sobrevenian, quiso verle y felicitarle.

Con la presencia de Azarias y Gabelo se aumentó la alegría de todos, y despues de las primeras demostraciones de afecto, Gabelo exclamó como inspirado:

—Bendigete el Dios de Israel, porque eres hijo de un varon justo y santo, caritativo y temeroso de Dios: derrame abundantemente sobre tus padres y sobre tu esposa toda clase de bienes, y puedas ver felices á tus hijos, y á los hijos de tus hijos hasta la tercera generacion, siendo bendita toda vuestra descendencia por aquel Dios que reina por todos los siglos de los siglos.

—Amen: así sea, respondieron todos, tomando desde entonces Gabelo parte en aquel convite en que reinaban la abundancia y la alegría, sin que el venturoso Tobias tuviese mas deseo que él de volver pronto á casa de sus padres, para anunciarles la felicidad que el cielo le preparaba, y el buen resultado de aquel viage que sin titubear y solo porque ellos lo mandaban habia emprendido: tan cierto es, que no pueden menos de suceder bien todas las cosas á los que confiados y sumisos obedecen los preceptos de los autores de sus dias.

F. F. VILLABRILLE.



HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

IX.

ATANAGILDO.

Luego que los godos destruyeron la negligente y perezosa monarquía de Agila, pensaron en nombrar un nuevo rey, y como no olvidasen los singulares trofeos que habia adquirido el célebre campeón Atanagildo, contribuyendo, no poco á la derrota del monarca antecesor, le brindaron con el cetro, como fruto de su gran servicio; pero Atanagildo, que habia dado evidentes pruebas de ambicionarle, no titubeó en admitir desde luego el real presente que tanto halagaba á su natural, afecto al mando soberano.

No hien hubo empuñado el cetro de España, dió principio á su reinado faltando á la promesa que hizo al emperador Justiniano, que le favoreció con sus armas para la destruccion del ejército de Agila, á condicion de poner una gran parte de España bajo la obediencia de los romanos. El imperio mal avenido con la negativa y poca formalidad de Atanagildo, puso en pie un poderoso ejército y sostuvo por largo tiempo con las armas en la mano los derechos que pensaba tener sobre el territorio que á la sazón pisaban sus vasallos de Roma. El monarca godo, que no podia contemplar con ánimo pasivo las pretensiones de su antagonista, marchó en son de guerra contra las tropas del imperio, resuelto á lanzarlas enteramente de los dominios de España; pero los romanos, hechos fuertes en la provincia de Cartagena, provocaron y frustraron los esfuerzos de Atanagildo, y este, aun cuando alcanzó algunas poco im-

portantes victorias arrebatando algunas ciudades á las tropas del emperador, nunca logró arrojarlas de su última fortaleza.

Tenáz en su propósito Atanagildo de llevar á todo trance la espulsion de los romanos de España, apeló al recurso de negociar una estrecha alianza con la corte de Francia, visto que no carecia de medios para verificarla, y con lo que se proponia hallar un poderoso auxiliar para lanzar á los romanos fuera de sus dominios.

Atanagildo tenia dos hijas, una de nombre Gosvinda y la otra Bruquilda. Llamólas cierto dia, anunciándolas que tenia que manifestar á las dos un asunto de grande importancia, y despues que las tuvo en su presencia las habló del modo siguiente.

—Hijas mías: desgracia es de los principes el verse obligados á sacrificar la inclinacion de sus corazones á las exigencias del estado; algunos de mis antecesores, poco réllexivos respecto al porvenir de su corona, rompieron con la corte de Francia los vínculos que la unian con España. Nada mas dañoso, ni de mas fatales consecuencias, que la enemistad con una nacion vecina, que solo la divide una série de montes inaccesibles, á los que llamamos Pirineos. Yo quiero restablecer la paz con los reyes de ese vasto territorio: nunca mas que ahora necesito su alianza, pues con ella tal vez logre consolidar la quietud de mi reino, turbada por esa banda de romanos que recorre varias de mis provincias con insultante descaro saqueando los pueblos injuriando á sus habitantes con mengua de mi poder. Ya estoy leyendo en vuestros semblantes el vivo deseo que teneis por saber á lo que se reduce mi largo

discurso. Si, hijas; con vosotras pienso comprar la alianza que os he indicado. Chilperico, rey Soisons, y Sigiberto, monarca de Lorena, no han contraído todavía ningún enlace con princesa alguna: esta coincidencia favorece á mis proyectos.....

—¿Cuáles son, señor? preguntaron á un tiempo las hijas del rey.

—Proponer vuestro enlace con los reyes indicados; confío en mis diestros é inteligentes emisarios, que sabrán manejar este concierto con suma política y delicadeza, y no dudo que el éxito corone mis deseos.

Las hijas de Atanagildo bajaron la cabeza con suma modestia, sin que sus semblantes manifestasen el mas leve signo de asentimiento. Atanagildo interpretó esta muda escena desfavorable á sus intentos, y dijo:

—Sin duda, queridas mías, violento vuestros corazones; sin duda vuestros ojos han lanzado una mirada imprudente sobre algun noble godó ó sobre algun valiente español... Pero mi trono os dice que es preciso obedecer, aunque vuestro padre es el primero que lamenta vuestro casamiento.

—Señor, dijo Brunequilla que parecia ser la mas determinada, si vuestra corona exige este sacrificio, prontas estamos á sacrificarnos, entregándonos bajo el poder de un esposo desconocido y estrangero, cuyo carácter ignoramos, cuyas ideas no sabemos; salvese vuestro trono, aun cuando vuestras hijas vivan mártires.

Gosvina, que siempre participaba de los mismos sentimientos de su hermana, apoyó su razonamiento, añadiendo:

—Cúmplase vuestro deseo, padre mio, y si algun dia somos desgraciadas, nos conceptuaremos dichosas en medio del infortunio si vemos á nuestra nacion feliz.

Parecia que estas jóvenes princesas vaticinaban las desventuras que el cielo las reservaba. Atanagildo se levantó precipitado y gozoso de su asiento y abrazó tiernamente á sus hijas, cuya enérgica manifestacion, revelaba claramente el contento de un padre y soberano que vé colmados sus deseos.

Envio sus embajadores á los reinos de Francia comisionados para tratar estas bodas, en las cuales consintieron los reyes francos, casándose Gosvinda con Chilperico, y Brunequilla con Sigiberto.

Mas se difundió la fama de Atanagildo por la desventurada historia de sus hijas, que por sus hechos. Gosvinda fué mandada asesinar por espreso mandamiento de su esposo, y segun ciertos escritores de aquel tiempo, á instigaciones de Fredegunda, dama del rey. Su fin siniestro conllo á sus contemporáneos, tanto españoles como franceses; pues unánimes acusaron de vil la horrorosa determinacion del apasionado monarca. Al contrario Brunequilla; aseguran varios escritores franceses, que dominaba de un modo absoluto é imprudente el apocado espíritu de Sigiberto, su marido, al paso que tuvo la desgracia de no encontrar en la corte de Francia los mas cristianos egemplos. Sin embargo, varios autores españoles y estrangeros han calificado á esta princesa como á una muger victima de injustos padecimientos, como un modelo de virtudes cristianas. Nuestra pluma, poco disculpadora ó apologist, no pretende pararse en estensos comentarios para tomar la defensa de Brunequilla, vista la multitud de pareceres que se hallan en pro y en contra de su conducta. El erudito Feijoo y el padre Juan de Mariana, conceptúan como calumnioso el conjunto de maldades que la han imputado los escritores franceses. Lo que no es dudoso para nadie, es que Brunequilla padeció grandes persecuciones luego que falleció su esposo, lo mismo por Fredegunda que por el feroz Chilperico su cuñado. Su muerte fué aun mas trágica que la de su hermana Gosvinda, en cuyos portamentos nos abstenemos entrar, por que estos son verdaderamente sucesos mas propios de la historia francesa que de la española, no obstante de haber consagrado algunas lineas á estas desventuradas princesas, si quier porque fueron vástagos de monarcas godos.

Fáltanos consignar aqui otro no me-

nos importante suceso acaecido durante el reinado de Atanagildo.

Hacia ya cerca de un siglo que los suevos (estacionados aun en Galicia) habian abjurado el paganismo y abrazado la secta de Arrio; pero á la sazón abjuraban tambien estos errores para convertirse en verdaderos católicos: manifestemos de paso lo que prestó ocasion á este inesperado acontecimiento. Los suevos, como en otro lugar dijimos, aun cuando permanecian sujetos á los godos, continuaban bajo el gobierno de sus reyes particulares. Gobernábales por este tiempo Teodomiro, que viendo á su primogénito

atacado de una muy grave enfermedad, lloró amargamente el fatal destino que preveía en su sucesor, que era la muerte. No encontrando remedio humano que le salvára la vida, enfermó tambien el rey de pesar. La esposa de este monarca, que profesaba la religion católica, creyó que este era el momento mas favorable y oportuno para la conversion de su marido. Cierta dia, que los esposos se acercaron al lecho del cadavérico infante, se llenaron de amargura al ver los irremediables padecimientos del moribundo sucesor. Teodomiro comenzó á llorar desconsoladamente, y su esposa quiso



NO LLORES, TEODOMIRO: TU HIJO PUEDE SALVARSE.

volverle la quietud con las siguientes palabras:

—No llores, Teodomiro; tu hijo puede salvarse; hazte católico, pon tu confianza en el Todo Poderoso; pidele por tu conversion la vida del pri-

mogénito, y no dudes que el cielo escuchará benigno tus clamores.

¡Oh! benéfica y celeste inspiración de madre! Lo que no habia podido lograr durante muchos años de continuos ruegos é inútiles persuasiones,

lo obtuvo en este momento de feliz oportunidad. Teodomiro miró atentamente á la reina, luego volvió los ojos al postrado jóven, y últimamente permaneció algunos instantes como reflexivo y suspenso. Raciocinaba interiormente, ora temia, ora vacilaba, ya se decidia, luego titubeaba, pero al fin dijo estas palabras lanzando un profundo suspiro.

—Estoy resuelto; pero con una condicion. Stese Dios Todo Poderoso, cuyo nombre invocas con sumo respeto y veneracion salva la vida de mi hijo, hago voto solemne de abrazar el cristianismo, y de obligar á mis súbditos á que imiten á su soberano.

—¡Nuestro hijo se salva! ¡nuestro hijo se salva! exclamó la reina abrazando tiernamente á su esposo. Ya veo la mano benéfica y poderosa que desciende hácia ti brindándote su proteccion divina... ¡Oh, qué triunfo!... ¡La salvacion de mi amado hijo, la conversion de mi carisimo esposo! ¡Qué otra felicidad puede existir mayor en la tierra?

Este, casi febril enagenamiento de la reina, contribuyó á dar mas solidez á la esperanza del hasta entonces desconsolado padre, quien al punto llamó á varios personajes de su corte, los que puestos en su presencia, oyeron de la boca del rey el siguiente razonamiento:

—Nobles y valerosos suevos: ya veis de qué modo pelagra la existencia de nuestro jóven sucesor; tengo en mucho su vida, quiero salvarla á todo trance, y ya que el poder humano se niega á darme ese placer, trato recurrir á la potestad divina. Confieso mi incredulidad respecto á los dogmas del catolicismo; pero dejaré de ser incrédulo el mismo dia que la religion católica, prévio mi ruego, consienta en la mejoría del principe. Mucho se propagan y ponderan los milagros que se hacen junto al sepulcro de San Martin de Tours. Yo os envio con ricos presentes para el Santo, y para que le pidais favor en la salvacion de mi hijo. Si sana con las reliquias de San Martin, estoy resuelto á creer cuanto el Santo creyó, de lo contrario

sostendré obstinadamente y hasta con fervor, que el catolicismo es una mentira, y le perseguiré sin descanso, mandando dar muerte á cualquiera de mis vasallos que le abrace.

—¡Qué crueldad! exclamó la reina.

—Y empezaré por vos, señora, respondió el rey volviéndose hácia la reina.

—Abrigo en mi corazon la mas li-songera esperanza, observó esta virtuosa muger tranquilamente.

La diputacion comisionada por el monarca suevo, salió de la corte cargada de ricos y espléndidos agasajos que debían dar á San Martin; los comisionados volvieron, y el principe no tuvo mejoría, por lo que Teodomiro tornó á desesperarse, y merced á los incesantes ruegos de su esposa, no dió desde luego principio al cumplimiento de su horrosa promesa.

—Haya esperanza, señor, decia la reina; aun vive nuestro inocente hijo.

El incesante clamor de aquella vehementemente y apasionada madre, dulcificó el ánimo siniestramente resuelto de Teodomiro. Volvió á enviar mensajeros á San Martin con dádivas mas ricas que las anteriores, y ademas se edificó por órden suya en Galicia una iglesia en honra y gloria de San Martin. Desde entonces comenzó á experimentar el principe una notable mejoría, y cuando ya regresaban los embajadores, el hijo de Teodomiro casi terminaba la convalecencia.

Cuando el monarca suevo tuvo noticias de la próxima llegada de los emisarios, acudió con su corte á recibirlos al punto del desembarque: los navegantes fueron saludados con vivas y entusiastas aclamaciones, y atónitos y confusos preguntaron el motivo de aquellas singulares demostraciones. Adelantose Teodomiro á los comisionados, rogó que uno á uno le fuera abrazando, y terminada esta muda y política escena, en presencia de los embajadores, de su lujosa corte y de la curiosa multitud, que guardó el mas profundo silencio, hizo la siguiente declaracion:

—Escuchad cuantos presenciales es-

te acto, lo que dice vuestro soberano. El sucesor de mi trono está ya fuera de peligro. Declaro solemnemente que la salud del joven príncipe la debemos á la poderosa intercesion de San Martín, en honor de cuyo santo he mandado edificar un templo. Ofreci hacerme católico, si concedia la vida á mi sucesor; vive; fuerza es que yo tambien sostenga mi sagrada promesa. Valerosos suevos, seguid á vuestro rey, que desde ahora se encamina, al recién erigido templo de San Martín, en cuya pila bautismal, quiere recibir el primer sacramento por la mano bendecida de un sacerdote católico.

—¡Viva Teodomiro! gritó el pueblo.

Y el rey, aprovechándose del entusiasmo de sus vasallos, y como deseaba que se hiciesen católicos, prosiguió.

—Valerosos suevos; ya veis el millagro que el eterno se ha designado hacer en vuestra presencia: desaparezca desde este día vuestra incredulidad, abandonemos la secta de Arrio, pidiendo perdón al cielo de nuestros pasados errores, y acojámonos bajo la protección del sucesor de San Pedro que indudablemente intercederá por nosotros, haciendo feliz la monarquía sueva.

—¡Sí, sí, sí! gritó el pueblo, hagámonos católicos.

Pero crecieron la algazara y el entusiasmo de aquella compacta muchedumbre con el nuevo espectáculo que se presentó á sus ojos. La reina y el restablecido príncipe aparecieron en aquel momento sobre una magnífica y lujosa carroza tirada por varios y ricamente enjaezados caballos. No hay palabras que basten á espresar el victorioso saludo que obtuvieron la reina y su hijo: aquella le abrazaba tiernamente y daba á sus vasallos las mas enérgicas señales de reconocimiento, al paso que manifestaba al infante cuanto querian significar estas aclamatorias demostraciones. ¿Quién duda que le iria diciendo: «Atiende hijo querido, mira el entusiasmado pueblo que te victorea, cuan jubiloso se encuentra por el inesperado restableci-

miento de su salud. Llegará un día en que le mandes, en que toda esta masa de hombres esté obediente y sumisa á tus preceptos; procura que estos sean dictados por los nobles sentimientos de tu corazon, haz feliz á tu pueblo, y no descargues el terrible golpe de la justicia, sin lanzar antes una mirada sobre el rostro compasivo y benéfico de la indulgencia.» ¿Qué máximas! ¿Qué preceptos tan saludables, tan propios de una madre, que quiere con su dulce egemplo sembrar de risueñas flores el sendero por donde tiene que transitar su querido hijo; sendero cubierto de punzantes espinas, carril lleno de encrucijadas y de malezas, que pretende allanar para que esta alma inocente y cándida no tropiece con el mas leve escollo que le impida llegar fácilmente al término feliz de su azaroso viage.

Teodorico subió tambien á la carroza, y juntos los coronados consortes, colocaron en medio al niño: en esta guisa atravesaron varias calles de la poblacion hasta llegar á la iglesia de San Martín, cuyo transito fué verdaderamente un paseo triunfal, y un memorable acontecimiento que el pueblo de Galicia estaba poco acostumbrado á presenciar. Llegados al templo, el padre y el hijo recibieron con pompa y solemnidad las sagradas aguas bautismales, y los suevos no tardaron en imitar el cristiano egemplo de su soberano.

Es de presumir que el indicado suceso influyó no poco en el ánimo de Atanagildo, pues dice San Gregorio Magno, que abrazó de secreto la religion católica, haciendo pública ostencion de la arriana por temor á sus vasallos que se hubieran opuesto abiertamente. Y Mariana, dice, que «Atanagildo de secreto seguia la religion católica, dado que por respeto del tiempo en público profesó la secta arriana, por miedo (á lo que se entiende) de no alterar los ánimos de su gente.»

Reinó Atanagildo, quince años y seis meses, falleciendo en Toledo de enfermedad el año de .567, sin dejar otra memoria, que las casi infructuosas guerras que sostuvo con los romanos en España, la fundacion de un monas-

terio en la ciudad de Toledo, y la desventurada historia de sus dos hijas Gosvinda y Brunequilla, sin que haya escritor alguno que declare, que este rey pidiese estrecha cuenta á los sobe-

ranos franceses, respecto á la injuria y sangrienta conducta que habian observado con sus desgraciadas hijas.

Y. A. BERNEDO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

A LA COSCOGITA O A LA PATA COJA.

.....Atque inter pocula læti.
Mollibus in pratis nuctos saliere per utre
(Virgilio, lib. 2. Georgias.)

Cosa muy comun es entre nuestros niños desde que se hallan ya firmes en el andar, ejercitarse en el juego que denominan en Madrid la Pata coja, y en otras partes á la gos ó á la *Coscogita*, y diariamente nos divierten con él nuestros hijos en las habitaciones, y le vemos practicar inocentemente en las calles y plazuelas. Como cuanto promueve el entretenimiento y diversion de los niños, es lo primero que llama su atencion, naturalmente ninguno en el mundo, por mas grave y filósofo que se nos presente en la sociedad cuando mayor, ha dejado de entregarse en sus infantiles años á este juego cuyo origen se remonta hasta los primeros hijos de Adán indudablemente, por que tanto á los antiguos como á los modernos, se les debe haber ocurrido el correr sobre un pie para hacer pruebas de equilibrio, ó aguijoneado de la necesidad de defender un pie lastimado en una caída ó demasíadamente sensible á un inesperado tropezon, y máxime en aquellos remotos tiempos en que el hombre no habia imaginado el calzado para ponerse al abrigo de los objetos punzantes que podia hollar con sus delicados pies. Empero aun cuando no queramos tomar á la necesidad por inventora de este juego, que es lo que cree-

mos, porque debió darle origen, su uso le vemos ya en práctica entre los griegos como tal, si bien con alguna variacion del modo de jugarse hoy. Así se colige de Virgilio en el libro 2.º de la *Georgias*, por las que vemos fué tambien uno de los juegos de los niños romanos, puesto que dice de él lo que dejamos sentado por epígrafe de este artículo.

Los primitivos atenienses jugaron ya á la *Pata coja*, divirtiéndose con este juego en las fiestas religiosas: hallamos en los autores antiguos, que en las festividades de Baco, ponian cueros inflados y untados con sando delante del templo, y que señalaban premios á los que saltando por encima de ellos, con un solo pie, se sostoviesen sin caer, juego al que los griegos denominaron *Ascolia*. Los romanos, que aprendieron de aquellos este juego, le denominaron *Ludus Empasæ*, y ellos debieron introducirle en España, en donde su uso es de inmemorial origen.

Desde los mas remotos tiempos se ha egecutado tambien este juego entre muchos muchachos, los que sin salir de un sitio ó terreno convenido, van saltando sobre un solo pie llevando el otro encogido, perdiendo el que no pudiendo conservar el equilibrio, toca con este la tierra, lo que ocasiona la broma y algazara de los que juegan que le dan baya por su torpeza ó descuido. Cuando se juega de este modo, el cojuelo que logra tocar á alguno de los compañeros con el pie cojo, gana el juego; y tanto al que pierde cuanto al que tocó al suelo con ambos pies, le

dan correazos ó zapatazos hasta que logra el torpe jugador ponerse á salvo en un lugar convenido de antemano al que llaman *rambla* en unas partes y *barrera* en otras. El juego vuelve á empezar cuando el que perdió sale de la barrera saltando á la pata coja, lo que ejecuta diciendo: *Salgo de Rambla y pido avison*, frase que segun el erudito Covarrubias, en su Tesoro de la lengua castellana, es el grito de la alarma para los demas jugadores.

Otra de las maneras pueriles de este juego, es el señalar una distancia larga y caminar hasta llegar al punto designado saltando á la pata coja, en el cual el que llega á la meta ó círculo descrito, debe entrar en él sin pisar la raya que le describe, ó saltando la balla que le forma, en cuyo caso sienta ambos pies diciendo: *Barrera*, cumple como buen jugador, perdiendo el que no llegó sin caer ó sentar ambos pies en el suelo, que tiene que pagar lo apostado á los demas jugadores, ó llevar zapatazos en castigo hasta que gana la barrera en que queda dispensado. Juegáse tambien entre cuatro que parten á iguales distancias hácia

el círculo ó barrera, y en este caso gana el que antes se posesiona de ella. Cuando se juega de interés entre los muchachos á este juego, se hacen cinco ó seis grandes cuadrados ó círculos seguidos, y se echa una tejueta, tejo circular, ó moneda en el primero, consistiendo el juego en ir haciendo pasar los círculos ó cuadrados con la punta del pie que toca en el suelo, el tejo, pero sin borrar ni pisar la raya de division, y sin caer ni sentar el pie cojo. A este juego se suceden los jugadores unos detrás de otros, y cuando todos son diestros, aquel gana que logró introducir con el pie primero y con mas limpieza su tejo en un clo u oyo, que se practica en el ultimo círculo ó cuadrado.

Otros muchos juegos por el estilo practican nuestros niños, pero todos son variantes de los espresados, y todos se refieren á ellos, y se derivan del origen que hemos sentado. Dios proteja á nuestros diablillos cojuelos en su inocente juego de la Coscogita, que creemos se jugará mientras exista el mundo.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

JUANA DE ARC.

VI.

Cuán horrible y desastroso es el aspecto que presenta el campamento inglés; sus tiendas son presas de las llamas; los tambores y las trompetas tocan á retirada, que ha llegado á convertirse en una fuga desordenada; solo Montgomeri, caballero del pais de Gales, permanece en el campo con la espada desnuda, mirando á todas partes y sin saber cual es la resolución que debe tomar en tanto riesgo. ¿Adón-

de huirá? por todas partes están el enemigo y la muerte: aquí un gefe irritado que con su amenazante espada impide la fuga de los dispersos; allí una muger terrible que destroza cuanto halla á su paso, como la devastadora llama de un incendio. A cualquiera parte donde dirige su vista no divisa un bosque, una caverna que le ofrezca un asilo. En vano atravesó el mar, y acudió al campamento inglés en busca de trofeos á costa de los franceses. Cuando mas indeciso estaba el caballero Montgomeri, respecto al partido que tomara, se presentó Juana, y el caballero de Gales exclamó:

—¡Desgraciado de mí! ¿Qué veo? Es

la terrible guerrera, que aparece en medio de las llamas como un fantasma que sale del abismo.... ¿Dónde huiré?... Lanza sobre mí su centellante mirada!... No sé qué mágica influencia encadena mis pies y me impide huir.

Juana se dirigió lentamente hacia Montgomery y se detuvo.

—Quiero pedirle cuartel; es muger, y mis lágrimas la enternecerán.

—Vas á morir, dijo Juana á Montgomery. Una muger inglesa te ha dado á luz.

—Detente, guerra, exclamó Montgomery arrojándose á sus pies. No mates á un hombre indefenso; toma mi escudo, mi espada; á tus pies me encuentro desarmado y suplicante; concédeme la vida, y oye una proposición, para que despues la aceptes. Mi padre, tiene ricas posesiones en el hermoso país de Gales, que riega el Saverna con sus olas argentadas. Cincuenta ciudades reconocen su poder, y desde el momento que sepa que su hijo está prisionero en el campo francés, prodigará su oro para rescatarme.

—¡Desgraciado! interrumpió Juana, has caído en las implacables manos de la Doncella, y no puedes esperar ni libertad, ni salvacion. Si la desgracia te hubiese puesto bajo el poder del cocodrilo ó en las garras del tigre, si hubieses arrebatado los hijuelos á una leona, tal vez hallarias mas clemencia que en la Doncella. Yo debo atravesar con mi espada á todos aquellos que el dios de los combates pone delante de mí en sus misteriosos arcanos.

—Tus palabras son crueles, dijo Montgomery; pero tu mirada es dulce: nada espantoso hay en tu aspecto, y mi corazon se siente atraído por tu amable exterior. ¡Oh! yo te ruego, por la dulzura de tu sexo delicado, que tengas compasion de mi juventud.

—No hables de mi sexo; no me des el nombre de muger. Semejante á los espíritus incorpóreos que no obran segun las costumbres terrestres, no pertenezco á ningun sexo, y debajo de esta coraza no existe mas que un corazon.

—¡Oh! por las leyes poderosas y sagradas del amor, á la que todos los

corazones rinden homenaje, yo te lo ruego. He dejado en mi país una cariñosa muger, hermosa como tú, revestida de los mismos encantos de la juventud; espera llorando el regreso de su amado futuro; si aguardas amar un día y encontrar la felicidad en el amor, no seas tan cruel para separar dos corazones ligados por el mas puro afecto.

—Invocas á los dioses terrestres, que no son para mí ni venerables ni sagrados. No conozco los lazos de amor por los cuales me suplicas, ni jamás conoceré esa vana esclavitud; defiende tu vida, pues la muerte te llama.

—Entonces, prosiguió Montgomery mas humilde aun, ten compasion de mis padres desconsolados, que los he dejado en mi país: tú tambien habrás dejado á tus padres que piensan en tí con inquietud.

—Hablandome de ese modo, me recuerdas el gran número de madres que se han visto privadas de sus hijos en esta monarquia; el sinnúmero de hijos que han quedado huérfanos, la infinidad de mugeres que han quedado viudas. Pues bien, las madres inglesas experimentarán tambien esta desesperacion, y aprenderán á conocer las lágrimas que han derramado las desconsoladas esposas de Francia.

—¡Qué triste es morir en un país extranjero sin ser llorado!

—¿Y quien os ha llamado á esta tierra extranjera para devastar las florecientes campiñas, para echarnos de nuestros hogares é introducir la guerra en el apacible santuario de nuestras ciudades? En vuestra orgullosa presuncion habeis pensado precipitar á los libres hijos de la Francia en la vergüenza y la esclavitud, é imaginais llevar á esta vasta monarquia como un bagel á remolque de vuestro navio. ¡Insensatos! Las armas reales de Francia están suspendidas en el trono de Dios, y os será mas fácil arrancar una estrella del cielo, que una aldea á esta monarquia que nunca debe estar dividida. Ya ha llegado el día de la venganza: no repasareis vivos este mar sagrado que Dios ha colocado como una barrera, y que habeis atravesado injustamente.

—¿Con que es preciso morir? preguntó Montgomery tristemente.

—Muere, respondió Juana; ¿por qué tiembas así delante de la muerte? Mirame, mirame; no soy mas que una joven, una pastora, mi mano solo está acostumbrada à llevar el cayado; pero me he separado de mi tierra natal, de las caricias de mi padre y de mis hermanas; me fué preciso venir aquí: no ha sido un capricho, sino la voz de Dios quien me trajo por tu desgracia. Si sucumbo, cumpliré con mi obligación; cumple tú con la tuya: coge alegremente tu espada y combatamos por el bien precioso de la vida.

—Pues bien, dijo Montgomery mas animado; si eres mortal como yo, si las armas pueden herirte, tal vez esté reservado à mi brazo poner fin à la desgracia de los ingleses enviándote à los infiernos. Pongo mi suerte en manos del Todopoderoso; y tu, réproba, llama à tus espíritus infernales; defiéndete.

Diciendo estas palabras, echó mano al escudo y desenvainó la espada: trajo el combate con Juana, durante el cual se oyó à lo lejos una música guerrera: despues de algunos cortos instantes que duró la lucha, cayó Montgomery en tierra exclamando.

—¡Jesus me valga!... ¡Soy muerto!

—Tus pasos te han conducido à la muerte, dijo Juana.

Contempló algunos instantes el cadáver de Montgomery, luego se separó à cierta distancia, y clavando su vista en el cielo dijo estas palabras.

—¡Virgen santa! Conozco el poder que me suministras; has armado este débil brazo con tu fuerza, y haces inexorable à mi corazón. Cuando me es indispensable herir al adversario, se conmueve mi alma, tiembla mi mano como si fuese à violar el santuario de un templo, me estremezco al ver la brillantez del acero; pero cuando es preciso, siente una fuerza sobrenatural, y la espada obra en mi débil brazo por sí sola.

Apenas habia acabado Juana de expresar este monólogo cuando, se presentó un caballero armado de punta en blanco y cubierto el rostro con la visera de su casco.

—¡Maldita! exclamó dirigiéndose à Juana; llegó tu hora fatal; te he andado buscando por todo el campo de batalla: funesto fantasma, vuelve al infierno de donde indudablemente has salido.

—¿Quién eres? preguntó Juana sin inmutarse; tu mala suerte te trae à mi presencia. Tu andar es el de un príncipe, y creo que no eres inglés, pues advierto en ti los colores de Borgoña, delante de los cuales inclino mi espada.

—Aparta, réproba, que no mereces morir por la mano de un príncipe: el hacha del verdugo es la que debe echar abajo tu cabeza, y no la espada del real duque de Borgoña.

—Luego, ¿eres el duque de Borgoña?

El caballero levantó la visera de su casco y prosiguió:

—Sí, desgraciada! tiembla!... Los ardides satánicos que empleas no pueden valerte; hasta aquí has vencido à niños; ahora es un hombre el que se encuentra delante de ti.

A este tiempo aparecieron Dunois y La Hire.

—Volveos, duque, gritó el primero, combatid contra hombres y no contra mugeres.

—Nosotros, interrumpió La Hire, protegemos la sagrada cabeza de nuestra profetisa, y vuestra espada atravesará mi corazón antes que...

—No os temo, caballeros, repuso el duque; avergonzaos Dunois, y vos tambien, La Hire, de haber asociado vuestro antiguo valor à los artificios del infierno; de haberos convertido en escuderos de un satélite del diablo.... Venid, yo os reto.

Ya el duque se preparaba al combate con la espada desnuda, cuando Juana se interpuso, exclamando.

—¡Deteneos!

—¿Quién me sujeta? exclamó el duque; en tu presencia tienen que morir. Y se precipitó contra el duque de Orleans.

—¡Deteneos repitió Juana; separadlo, La Hire. La sangre francesa no debe correr, y esta desavenencia no debe decidirse con la espada; los astros la han decidido de otra manera: sepa-

radlos, repito; escuchad y respetad el sagrado espíritu que habla por mi boca.

—¿Por qué detienes mi brazo ya levantado? dijo Dunois á Juana, ¿por qué suspendes la decision de mi sangrienta

espada? El acero está fuera de la vaina, hiera y la Francia sea vengada.

Juana tornó á interponerse en medio de los combatientes.

—Retiraos, á un lado, dijo á Dunois. Permaneced inmóvil, dijo á La Hire.



EL DUQUE DE BORGÑA.

Después de un momento de silencio, durante el cual los tres miraban suspensos á la doncella, esta continuó.

—¿Qué pretendes hacer, duque? ¿Cuál es el enemigo que busca tu sinuosa mirada de asesino? Este noble príncipe, es como tú hijo de Francia, este valiente guerrero es tu compañe-

ro de armas, tu conciudadano, y yo también soy hija de tu patria. Nosotros, todos, á los que te obstinas en estermi-
nar, pertenecemos á ti, nuestros brazos están dispuestos á abrazarte, nues-
tras rodillas á doblarse en tu presen-
cia, nuestras espadas no tienen filos
para tí, y por último, honramos aun

bajo un casco enemigo el rostro donde conocemos las queridas facciones de nuestro rey.

—Con tan dulces palabras, respondió el duque sonriendo falsamente, y ese acento adulatorio ¿procuras, sirena, atraer á tu víctima? No, no me deslumbran tus ardides, mi oído ensordece á todo lenguaje astuto, y una fuerte coraza defiende á mi corazón de los inflamados atractivos de tus ojos. En guardia, Dunois; con el acero y no con las palabras debemos combatir.

—A reñir, dijo Dunois.

—Duque, duque, exclamó Juana, no presumas que una imperiosa desgracia me conduce á tus pies; no llegamos á ti en ademán suplicante. Mira en tu derredor y verás el campamento inglés convertido en cenizas, y la tierra cubierta de cadáveres. ¿No oyes el sonido de las trompetas francesas? Dios ha declarado la victoria por nosotros; dispuestos estamos á compartir con nuestro amigo los laureles que acabamos de recoger... Si, ven con nosotros, ven, noble fugitivo, adonde está la justicia y la victoria. Yo misma, la enviada de Dios, te presento la mano de hermana; quiero atraerte á la justa causa; el cielo está por la Francia, los ángeles, que tú no ves, combaten por el rey, adornados con las flores de lis. Nuestra causa es sagrada como esta bandera, y la virgen sin mancha es nuestro emblema.

—Las palabras engañadoras de la mentira, son embarazosas, al paso que sencillas como las de un niño; cuando los malos espíritus prestan á alguno su palabra, imitan perfectamente la inocencia; nada quiero escuchar; en guardia; sé que mi oído es mas débil que mi brazo.

—¿Me llamas mágica, dijo Juana, me acusas de que empleo ardides del infierno? Establecer la paz, apaciguar el odio, ¿es obra del infierno? ¿La concordia dimana del abismo eterno?

¿Desde cuando ha decretado la naturaleza que una justa causa sea abandonada del cielo y protegida por los demonios? Si hay justicia en mis palabras, ¿de donde procede sino del cielo? ¿Quién habrá podido aconsejarme mientras guardaba mi ganado, que me consagrara al servicio del rey? Jamás he aparecido delante de los príncipes, y mi boca ignora el arte de discutir; pero ahora que siento la necesidad de conmoverte, poseo el conocimiento de las cosas elevadas; el destino de los reyes y de las monarquías se presenta claramente á mis ojos, y mi voz tiene la fuerza de la tormenta.

El duque quedó, parado y miró con admiración á Juana un tanto conmovido.

—¿Qué es lo que me pasa? se preguntó. ¿Qué me sucede? ¿Es acaso Dios el que cambia el fondo de mi corazón?... ¡Ah! esta imagen que me conmueve puede engañarme... No, no. ¿Si estaré cegado por un poder mágico? No; conozco el poder del cielo, mi corazón me lo dice, ha sido enviada por Dios.

—Está conmovido, dijo Juana; sí, lo está. No fueron vanas mis súplicas. Se desvanece el error que oscurecía su mente, y el dulce brillo de un sentimiento de paz se observa en sus ojos. Deponed vuestras armas, abrazaos estrechamente. Lloro, está vencido, es de nosotros.

Al decir estas palabras arrojó lejos de sí su espada y su bandera; adelantóse hacia el duque con los brazos abiertos, y le estrechó con apasionada alegría. El duque de Orleans y La Hire que presenciaron esta escena, dejaron caer sus espadas y sus escudos y abrazaron con gozosa emoción al duque de Borgoña, que juró desde entonces defender la causa del rey Carlos.

(Se continuará.)



LA CATEDRA EN EL CAMPO,

O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XII

HIGIENE.

CONTINUACION.

Eran las diez de la mañana, cuando la rotación de un carruaje que paró á la puerta de la quinta, anunció á sus moradores que el buen doctor acababa de llegar, cuya agradable sorpresa, fué un motivo de alegría para todos, especialmente para el enfermo y los niños. Entró el médico en el cuarto de aquel acompañado de la familia, y declaró que su paciente se hallaba muy próximo á la convalecencia, por lo que mandó que en la tarde de aquel mismo día hiciese una tentativa por levantarse, y dado caso que su debilidad se lo permitiera diese unos cuantos paseos por una de las habitaciones, de brazo con su esposa; que tomase una taza de caldo, y que antes de oscurecer se volviese á acostar hasta el siguiente día.

Establecido ya este plan curativo, doña Ana quedó sumamente complacida por la mejoría de su esposo, igualmente que Ramon y Carolina, los que en seguida, dieron á entender con sus gestos y ademanes, el vivo deseo que experimentaban porque el facultativo prosiguiese su interrumpida lección de Higiene. No dejó el doctor de conocer este deseo, y sentándose en el mismo sitio del día anterior y viéndose rodeado de los mismos oyentes, tomó el hilo de su discurso, espresándose del siguiente modo. — «Réstame hablar, hijos míos, de la clase tercera, que se

refiere á las cosas introducidas por las vías alimenticias; á los alimentos, bebidas y salsas. Llamamos alimentos, á todas las materias que pueden asimilarse á nuestros órganos y convertirse en nuestra propia sustancia. Exclusivamente en los reinos vegetal y animal existen las sustancias que sirven para reparar nuestras pérdidas; pero no siendo los mismos los efectos de los vegetales y de los animales en nuestra economía, voy á considerar esta cuestión con separación y órden.

«*Alimentos vegetales.* Sustancias feculentas. El principio inmediato que sirve para caracterizar esta primera clase de alimentos, es la fécula *amílácea* (1); se encuentra en todas las semillas gramíneas y leguminosas, tales como el trigo, el centeno, el arroz, los guisantes, las abichuelas, las lentejas, etc., en las casañas, las patatas, y forma la base del fideo, de la sémola, del zago y otras especies de alimento. Las sustancias feculentas residen poco en el estómago, alimentan bien y dejan poco residuo: su digestión aumenta poco el calor animal y no tiene nada de difícil; pero su uso esclusivo es poco á propósito para dar al hombre los medios de reparar las grandes pérdidas y resistir grandes trabajos. Con el auxilio de las sustancias feculentas se prepara la base de nuestro alimento, esto es, el pan. La pasta se prepara del mismo modo, con la diferencia de que en esta entra manteca, lo que contribuye á hacerla de una digestión menos fácil.

(1) Nombre que dan algunos químicos á todo polvo vegetal blanco que tiene las propiedades del almidón.

«*Sustancias mucilaginosas.* Los alimentos de esta clase se componen en su mayor parte de las legumbres que se sirven en nuestras mesas, tales como la zanahoria, la remolacha, los nabos, las espinacas, la lechuga, el espárrago, el melon, la calabaza, la coliflor, etc.; la goma forma su base: estos alimentos se digieren fácilmente, quedan poco en el estómago, pero también alimentan poco, y solo convienen a los individuos pletóricos é irritables. Las frutas tienen la mas grande analogia con los alimentos de que acabamos de hablar; como ellos contienen mucilago, pero ademas tienen cierta parte de azúcar y ácido. Las frutas convienen a todo el mundo, especialmente durante la estacion de los calores, pero en ningun caso pueden constituir la base principal de nuestro alimento. Las preparaciones culinarias, y hasta la simple cocion en el agua, modifican singularmente estos alimentos, llevan á su ultimo grado su gusto acerbó ó ácido y la adición de la azúcar, los hace siempre de una digestion mas fácil todavía, al paso que les da un sabor mas agradable.

«*Granos oleosos.* Los mas usados son las almendras, las nueces, las avellanas y el cacao; el aceite que sirve para caracterizar este fruto, es el que está con mas frecuencia unido á la fécula; estas sustancias, muy nutritivas y poco escitantes, se hacen algo pesadas por la existencia del aceite, aunque en algunas este inconveniente está compensado con la existencia de un principio amargo, es decir, el ácido prúsico, que facilita la digestion. Ahora entra precisamente el lugar en el que debemos hablar del chocolate. Esta preparacion, llevada al mas alto grado de perfeccion, y que constituye uno de los ramos mas importantes del comercio, es generalmente un alimento pesado y poco conveniente á los enfermos. La digestibilidad del cacao, que como sabemos, forma la base del chocolate, es principalmente debida á la adición de la azúcar y aun que en pequeña cantidad, á la de la canela y á algunas otras sustancias aromáticas y escitantes.

Alimentos procedentes del régimen animal. De todas las sustancias animales que sirven para nuestro alimento, la única que la naturaleza nos suministra de suyo, es la leche, que nos sirve de nutricion durante nuestros primeros meses. En general la leche está formada de manteca, de casea de azúcar, de agua, de un ácido libre y de muchas sales, pero estas primitivas materias varían en proporcion segun los animales. La mas densa de todas las leches que empleamos, ya por el uso acostumbrado, ya por el medio terapéutico, es la de ovejas; en seguida vienen las de cabra, de vaca, de muger, de burra y de yegua. En general la leche es de muy fácil digestion, aunque no conviene á algunas personas, al mismo tiempo que para otros individuos una taza de leche caliente es un verdadero purgante. De la leche formamos la *manteca*, que como cuerpo grasiento es de grande uso en nuestras cocinas; el *queso*, que es preciso distinguir fermentado y no fermentado; el último ó queso de crema, es refrigerante, al paso que el primero es un poderoso escitante que ayuda á la digestion, pero del que es menester hacer un uso muy moderado.

«*Alimentos albuminosos.* Los alimentos de esta especie, tienen la albumina por base, y se digieren con bastante facilidad. Entre ellos se comprenden los huevos, la sangre, los sesos, las ostras, las almejas, etc. que convienen á los estómagos irritables y cuando no hay necesidad de reparar grandes pérdidas.

Alimentos fibrinosos. Estos alimentos que se hallan en la carne de los animales, contienen fibrina; gelatina, osmazomo, albumino, etc. De todos los alimentos de que hacemos uso, estos son los mas fecundos en principios nutritivos, siendo á ellos á los que nos vemos precisados á recurrir para soportar grandes ejercicios y grandes pérdidas. En general, las carnes mas animalizadas, y seáme permitido hablar de esta manera, son las negras; pero también son las mas difíciles de digerir.

«*Pescados*. Los alimentos que nos suministran, difieren de los precedentes en que no contienen osmazomo y en que son por consiguiente menos nutritivos.

«*Salsas*. Son sustancias que se emplean con el objeto de aumentar el gusto y la digestibilidad de los alimentos. Cuando se usan en proporciones moderadas, son útiles; pero en grandes dosis son peligrosas, pues nos acostumbramos á ellas fácilmente, y es preciso aumentar la cantidad todos los días, lo que no puede menos de sernos nocivo. De todos los condimentos, el mejor es la azúcar, pues conviene á todas las edades, á todos los climas y á todos los temperamentos. La sal y el vinagre tienen la ventaja de aumentar la saliva cuando se toma en pequeñas dosis; pero es necesario evitar cuanto sea posible, el clavo, el azafrán, la pimienta, la canela, etc., cuyo uso prolongado algun tiempo, produce amenudo enfermedades en el tubo digestivo.

«*Bebidas*. De todas las bebidas, la mejor, la mas natural, y la que puede ser suficiente para reemplazar las otras, es el agua, aun cuando es menester que sea de buena calidad: la mejor agua, es la de río ó corriente; después se prefiere el agua de fuente. Los progresos de la civilización y de la industria, nos han proporcionado otros líquidos, cuyo uso ha llegado á ser habitual: estos líquidos son el vino, la cerveza, etc. No adopto la idea de rechazar el vino, como lo han hecho censores mas severos; yo me complazco, al contrario, en reconocer toda la utilidad de este licor; pero es preciso usarle con moderación, para que sea ventajoso: el exceso no solo imprime en el individuo que se entrega á él, un carácter innoble y repugnante, sino que ademas mina y destruye la salud. El vino que comunmente bebemos debe tener por lo menos dos años, ser ligero, claro y de buena calidad: conviene mucho reservar los vinos espesos, lo mismo que los azucarados y cargados de ácido carbónico: es asimismo muy del caso, prescribir después de cada comida, un vaso de

madera ó de Málaga para las personas linfáticas.—El alcohol que constituye la base de todos los licores, y del que se forma el aguardiente, ó al que se le añade un principio aromático y amargo, y cuya estraña sustancia debemos desechár, es muy nocivo, asi como todos sus productos. Estas preparaciones son buenas y hasta excelentes en ciertos casos; por ejemplo, después de una gran comida, una copita de aguardiente, de ron, etc., facilita la digestion, pero en el uso comun de la vida es menester dejar á un lado los licores.

«El café y el té, son bebidas facticias comparadas con los licores, y de las cuales es necesario abstenerse tanto como sea posible, aun cuando no me parecen tan dañosas como los alcohólicos.

«Terminemos, en fin, diciendo, que el agua azucarada cargada de los principios ácidos y odoríferos del limón, de la naranja, etc., constituye bajo los nombres de limonada ó naranjada, bebidas muy convenientes en la estación de los calores, y que atacan la sed mucho mejor que el agua pura.

«Pasemos á la 4.^a clase, que trata de los ejercicios. (Gesta).

«El ejercicio es tan útil á la salud, como los alimentos á la conservación de la vida. Esta verdad es tan antigua, que los pueblos de los tiempos mas remotos la comprendieron tan bien, que regularizaron los movimientos, crearon la gimnástica, é hicieron de ello como lo indicamos en otro lugar, la base de la educación. A cada momento vemos en nuestro derredor los efectos de que hablan los historiadores: que se compare al habitante del campo que se entrega á trabajos que exigen grandes y continuos ejercicios, con el habitante ocioso de nuestras ciudades; en el primero se ven miembros poderosos, una tez colorada; en el segundo, miembros débiles y una tez amarillenta y enfermiza. Los ejercicios del campo de Marte y las fatigas de la guerra, convirtieron á Julio César en el campeon mas robusto y en el héroe mas intrépido, á pesar de la debil constitucion de sus primeros años. La salud no se sostiene mas que por el libre ejercicio de sus

funciones y por la justa reparticion de las fuerzas y de los humores; cualquier obstáculo que se presente en estas partes, pelagra á la economia animal, y produce aberraciones: tales son los efectos que resultan de la inaccion y el movimiento. Volviendo por un instante á nuestra primer comparacion, ¿no encontramos mas enfermedades en las ciudades que en los campos? Y las que abundan en las grandes poblaciones, no se ven casi nunca en las cabañas: de este número son la gota, la hipocondria, el histérico, los ataques de nervios, etc., todas resultado de una vida muella y ociosa. La ociosidad, no solamente engendra enfermedades, si no que dá origen á todos los vicios; es el manantial de la mayor parte de las calamidades que afligen á la especie humana. Por ventura, ¿no nos enseña la historia que el lujo y la molicie, enervando los cuerpos y corrompiendo las costumbres, han traído en pos la decadencia y la corrupcion de las costumbres?

En su consecuencia, debemos deducir de lo que precede, que el ejercicio es muy necesario al hombre: da fuerzas, agilidad y precision á los movimientos; establece un justo equilibrio entre todos los sistemas; porque para lograr este objeto, debe tomarse en los limites convenientes, y no abusar de las fuerzas del individuo, porque la grande fatiga debilita en vez de fortificar. Jamás deben descuidar el ejercicio, especialmente los niños, los individuos de temperamento linfático, ó aquellos en quienes predomina un temperamento nervioso é irritable. Se me ocurre una pregunta importante sobre el particular. ¿Se debe ó no hacer ejercicio despues de comer? Varias son las opiniones; unos dicen que sí, otros dicen que no. Aunque el movimiento es preferible antes de la comida, yo no creo que haya inconveniente en entregarse á él despues, con tal de que sea muy moderado; pero segun el consejo de Plutarco, quisiera mejor verle reemplazado por una conversacion divertida que fije la atencion sin fatigarla, y que ocupe agradablemente la imaginacion. De todos los ejercicios, el

que mas conviene al hombre, es el paso, ó á pie. Todo el tiempo que nos entregamos á él, los músculos de las piernas y de los muslos se ponen en movimiento y los de todo el cuerpo. Además de que la marcha obra ventajosamente sobre el aparato de la locomocion, el aire renovado que respiramos á cada instante, activa la respiracion y la circulacion, y el aspecto de los objetos siempre variados que se mueven en derredor de nosotros, alrae agradablemente la vista, nos proporciona distracciones, y nos hace experimentar un sentimiento indefinible de bienestar. Por estas razones aconsejamos á los habitantes de las grandes poblaciones que escojan amenudo el campo como objeto de sus paseos para gozar del aire libre y combatir los efectos que produce la atmósfera impura de la ciudad.

«El *carruaje* solo conviene á las personas débiles y á los ancianos, y nunca es un ejercicio suficiente para un hombre de buena salud ó capaz de andar.

«La *equitacion* es un ejercicio tan salutifero como agradable, que conviene no solo á las personas que gozan de buena salud, sino á los enfermos y débiles. Es menester que el paso del caballo sea proporcionado á la fuerza del que le monta. El paso, y todo lo mas, el galope, convienen á los valedurarios, pues el trote, por las sacudidas que imprime, no hace mas que fatigarlos, y hasta llegaría el caso de serles insoportable: no obstante, la equitacion continua no es de ningun modo conveniente; por eso los ginetes se ven muy amenudo afectados de hernias, etc.

«La *caza*, con tal que no se lleve al esceso, es un ejercicio conveniente y hácia el cual tiene el hombre una inclinacion natural.

«La *esgrima* por las numerosas posiciones que necesita, da vigor al cuerpo, asegura á los movimientos la precision, y da á la actitud cierto aire de nobleza; conviene especialmente para desarrollar los músculos del pecho; pero se rechaza por algunos esta especie de ejercicio, porque no da movimientos

mas que á la mitad superior del cuerpo y porque inspira un espíritu pendenciero que no podría contener una buena educacion.

«La natacion es tambien un excelente egercicio que ayuda mucho á los buenos efectos que vemos se producen con los baños de rio ó de mar.

«El baile conocido desde los tiempos mas remotos y puesto en práctica hasta por los salvages, es natural al hombre que tiene una inclinacion notable á traducir las afecciones que experimenta, no solo por la palabra articulada, sino tambien por los gestos y los movimientos del cuerpo. Los griegos le estimaban mucho. En el fondo es un excelente egercicio; pero nuestra civilizacion le ha despojado de toda la utilidad que encierra. Con efecto, el bien que produce por sus movimientos, le destruyen la temperatura demasiado elevada de nuestros salones, la atmósfera dañosa que en ellos se respira y las altas horas de la noche, durante las cuales se verifican los saraos.

«El sueño es el estado de reposo de todos nuestros órganos, el que hace que desaparezcan las fatigas del dia, el que prepara nuestro cuerpo á nuevos egercicios, y nuestra imaginacion á nuevos trabajos. Para gozar de todas

las ventajas que proporciona este admirable reparador de nuestras penas, el sueño debe contenerse en ciertos límites y á ciertas horas. Por regla general, un adulto necesita seis u ocho horas de descanso; los niños y las mugeres deben dormir un poco mas; la época destinada por la naturaleza para dormir es la noche; todo nos convida á ello; la oscuridad, el silencio, etc. Nada mas nocivo para la salud que las costumbres del gran mundo de la corte, que pasa la mayor parte de las noches en medio de la agitacion, de los bailes y de los placeres.

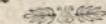
«Terminemos esta parte diciendo, que para que convenga á la salud, la cama debe de ser mas bien dura que blanda, y estar colocada de manera que el aire circule facilmente en derredor de ella; jamás debe encerrarse en una alcoba ni entre cortinas. El cuarto debe ser espacioso, tan retirado como sea posible, y conviene renovar el aire en la habitacion de dormir con especial cuidado. Importa mucho acostumbrar á los niños desde muy temprano á que duerman en todo género de cama, y á no taparlos mas que lo preciso para que no tengan frio.

(Se continuará).

HOMBRES CELEBRES.

MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.



(Conclusion).

La asignacion que recibia como profesor, era muy modesta: en Kaiserslautern, contrajo nuevas deudas; en Schöenthal, apenas habia podido satisfacer los intereses de las primeras que contrajo; por otra parte, en vista

de su conducta se propagaban las voces mas absurdas: decian que se habia equipado maravillosa y espléndidamente; que lucia el tren de un gran señor ó rico potentado, sin tomarse el trabajo de pagar religiosamente á sus infinitos acreedores.

Todos los correos recibia cartas que le llenaban de angustia, con especialidad las de su suegro que le anunciaban verse judicialmente comprometido como fiador suyo. El pensamiento de comprometer á tal extremo á su

bienhechor, el que en otro tiempo le habia socorrido y amado tanto, era para Stilling un tormento diario. Pero ¿qué remedio podia encontrarse á tan angustiosa situacion? ¿á quién recurrir en trance tan amargo y comprometido?

Publicó algunas novelas religiosas, con el objeto de adquirirse algun dinero, y aun cuando lo obtuvo, puede compararse con una gota de agua derramada en el mar.

En semejante estado, tomó tambien el partido de escribir á varios amigos suyos descubriéndoles su desgraciada situacion, pero estos no pudieron ó no quisieron ayudarle; otros le contestaron jocosamente haciendo alarde de un chiste inoportuno en tal estado, los mas graves le exhortaban á tener paciencia, y uno ó dos solamente le proporcionaron un ligero alivio á su gran miseria.

Al mismo tiempo le ocurrió una nueva desgracia.—El 17 de agosto de 1781, Cristina, habiendo ayudado á poner sobre la cabeza de la criada una cesta muy pesada, sintió un crugido en el pecho y bien pronto un dolor agudo acompañado de frio y calentura.

Cuando Stilling volvió de dar sus lecciones y entró en el cuarto, salió á recibirle Cristina, cubierta de una palidez mortal y le dijo:

—No te asustes, querido esposo, he ayudado á levantar á la criada una cesta y me he hecho daño en el pecho; ¡Dios tenga compasion de nosotros! ¡Presiento mi muerte!

Con efecto, Cristina se habia herido mortalmente. Su enfermedad fué larga. Stilling no pudo nunca conformarse con la triste idea de perder á aquella dulce y modesta compañera de su vida. Pasó muchos dias y frecuentes noches sin cesar de llorar y de rogar á Dios, y habia en su cuarto un rincon que sus rodillas pusieron en una limpieza extraordinaria.

Una noche se ballaba en la ventana del vestibulo: esta noche era muy oscura, y segun su costumbre rezaba silenciosamente. De pronto sintió su alma llena de una paz indecible, de una pro-

funda calma, y ademas esperiméntó un entero abandono á la voluntad divina; sentia no obstante la amargura de sus sufrimientos, pero á la vez la fuerza suficiente para soportarlo con estremada resignacion.

A los pocos instantes penetró en la habitacion de la enferma y se acercó al lecho; Cristina le hizo una seña para que permaneciera separado y la contempló absorto en sus oraciones.

En fin, Cristina llama á su esposo Enrique, y por señas le dice que se siente, y volviéndose con sumo trabajo para ver de cara á su esposo, le dice con una mirada inesplorable.

—Enrique... muero sin remedio: modera tu dolor... Muero contenta.... Los diez años de nuestra union, no han sido mas que una série de sufrimientos... Dios no ha querido que yo vea el fin de tus desgracias... de tu grande pobreza...; pero ten valor, no te acobardes y espera en silencio, que estoy segura que Dios no te abandonará... Creo que no tengo necesidad de recomendarte á mis dos hijos... eres padre, y el Señor velará tambien por ellos.

Ademas dió á su marido diferentes instrucciones; se volvió del lado que antes estaba, y permaneció tranquila.

Desde entonces Stilling habló mas frecuentemente con ella de la muerte y de las esperanzas que le acompañaban. Cristina sufrió todavia muchas horas de amargura; pero al mismo tiempo se limitaba á desear una muerte dulce y que esta llegase de dia, pues las tinieblas de la noche le inspiraban un sentimiento de espanto.

En fin, la hora de la partida se aproximó.

El 17 de octubre por la tarde observó Stilling en la enferma los preludios de la muerte. A las cinco de la mañana, Cristina, apacible y serena, le dijo:

—Ahora ya he triunfado... veo delante de mi y claramente la felicidad eterna... nada me detiene ya... nada, enteramente nada.

En seguida recitó un cántico.

Su marido se habia sentado cubierto de lágrimas al pie de la cama: Cris-

tina le llamó de vez en cuando, y le estrechó la mano diciendo su frase ordinaria.

—Mi ángel, mi todo....

Pero sin añadir otras palabras.

A eso de las diez dijo:

—Querido esposo.... ¡Qué mejorada me siento ahora... Yo debo no despertarme para pasar á la eternidad darme... si, si.... adios.

Miró otra vez á su esposo abriendo sus grandes y negros ojos, donde se veía el retrato de su alma: le llamó, le apretó la mano y al poco tiempo se quedó dormida.

Al cabo de una hora lanzó un profundo suspiro, y todo su cuerpo se estremeció; la respiración se detuvo, las facciones de la muerte se pintaron en su semblante; su boca sonreía dulcemente.... pero Cristina había dejado de existir.

En este momento Siegfried entró; echó una mirada sobre el lecho y se lanzó al cuello de su amigo, y ambos derramaron lágrimas abundantes.

—Ya dejaste de sufrir, ángel de dulzura, exclamó Siegfried sollozando.

Stilling besó otra vez los labios de la difunta y dijo:

—¡Adios, tú que fuistes un modelo de paciencia!... ¡Yo te doy gracias por tu grande amor, por tu escesiva y nunca bien pagada ternura.

Cuando Siegfried estuvo lejos, trajeron á los dos niños: su padre los condujo al lado del lecho. Estos niños lanzaron fuertes gritos viendo á su madre muerta. Entonces Enrique se sentó; puso á sus hijos sobre sus rodillas, y estrechándolos contra su pecho, los tres lloraron amargamente.

Jung-Stilling murió en 1817: nos admiramos de verle tan cerca de nosotros, y mas todavía cuando pensamos en la diferencia tan grande que separa las costumbres representadas en su biografía de las de nuestro siglo; pero la carrera de Stilling, ha sido larga: había nacido en 1740, y ademas ha existido siempre entre el espíritu alemán y el espíritu español una distancia muy grande.

El rasgo mas notable del carácter de Stilling, es una confianza absoluta

en la Providencia, y he aqui el secreto admirable de su resignacion y su valor. Le vemos desde su nacimiento hasta su muerte firmemente convencido que todas las acciones de su vida, han sido determinadas de antemano por Dios: «Yo no he concurrido, dice, de ninguna manera al plan de mi vida ni á su ejecucion.» El escaso de esta fé puede conducirnos á una especie de fatalismo y á la negacion del libre albedrio. Stilling se defiende con energia de un error tan grande, que no tiene nada menos que á la indiferencia y á la justificacion del mal, pues está sumamente persuadido que obra libremente bajo la influencia y la conducta de un ser superior; tan solo obedece á las inspiraciones de su conciencia y algunas veces á las de su imaginacion como disposiciones divinas, y cuando se realiza un acontecimiento feliz ó desgraciado, nunca deja de indagar, ó de comprenderle y explicarle bajo motivos providenciales. En este sentido, si osásemos confiarnos en nuestras impresiones personales, le acusariamos de haberse dejado arrosstrar con frecuencia al estudio de las causas secretas, y de haber presumido demasiado de su piadosa penetracion.

Por eso, despues de la muerte de Cristina, creyó que debía volverse á casar. Al instante su fé le sugiere la idea, que si su muger le había sido arrebatada, era porque llegó á ser un obstáculo al desarrollo de su destino. «Cristina, decia, era una jóven sin experiencia, sin fortuna, y no sabia dirigir el *menage* de un sábio.» Escribiendo estas palabras, llora amargamente, pero no le es fácil conciliar de un todo esta conviccion con los sentimientos de reconocimiento que debe á esta dulce compañera de su vida durante todo el periodo de tantos sufrimientos: la pagina donde encuentra esta aplicacion, es como un segundo sepulcro que creemos ver colocado sobre aquel en que reposa ya la pobre Cristina.

El 14 de agosto de 1782 se casó con una jóven llamada Selma de Florentin, hija de padres protestantes franceses refugiados en Alemania, y á la

que perdió en marzo de 1790. Poco tiempo antes de espirar le dijo:

—Querido esposo, escúchame tranquilamente y no te aflijas; tengo la seguridad de que voy á morir muy pronto: he llenado las obligaciones que Dios me impuso al unirme á ti. Si quieres que los días que me restan de vida trascurren en paz y que mi muerte sea dulce, prométeme que te casarás con Elisa F***; esa jóven puede convenir á tu suerte futura mejor que yo, y sé que será una buena madre para mis hijos, y una excelente esposa para ti.

Y añade Stilling, «sus hermosos ojos azules, cuya indefinible espresion no puedo olvidar nunca, me decian todo lo tierno y doloroso que habia en su peticion.»

Fácilmente se concibe lo demas: cuando Enrique volvió á encontrarse solo, hizo reflexiones parecidas á las anteriores; se sometió á la última voluntad de Selma, y se casó con la mujer que le habian indicado sus moribundos labios; y al menos tuvo la dicha de conservar á esta esposa hasta la época en que él dejó de existir.

Pero pongamos un término á estos tristes episodios de la biografía de Stilling, y sin embargo necesarios de referir, porque prueban, á nuestro entender, toda la buena fé y toda la sinceridad del autor. La mayor parte de los lectores prefieren las historias donde el protagonista aparece con rasgos mas energicos y novelescos; pero semejantes historias, son novelas, y la verdad no puede tener todos los encantos de la verdadera poesia; por otra parte, esta no podria aqui conducirnos á nada.

En 1784, la academia de Kaiserslautern se trasladó á Heidelberg y se unió con la antigua universidad de esta ciudad. Stilling se encontró muy bien en ella; su círculo de actividad se estendió; ganó el corazon de sus colegas y el favor público continuando gratuitamente y con éxito el tratamiento de las enfermedades de los ojos y la operacion de la catarata.

En 1787, fué llamado á Marburgo como profesor ordinario de las ciencias

sociales con la asignacion fija de 2000 florines y una pension para su esposa en caso de que enviudase; esto era progresar mas bien que retroceder. Stilling se halló en completa libertad para enseñar de una manera completa su sistema de economia política; pero seguramente esta ciencia no era para la que estaba llamado: la indiferencia religiosa habia invadido toda la Alemania, y Stilling ardia en deseos de consagrar sus fuerzas en combatir esta tendencia que veia favorecida por los mas claros ingenios, particularmente por su amigo Gæthe.

Esperando que las circunstancias llegasen á ser enteramente favorables á su intento, compuso muchas obras religiosas, entre otras *las Escenas del mundo de los espiritus*, y *el Heimweh*. También emprendió la publicacion de un periódico titulado *el Hombre gris*, que continuó constantemente hasta su fallecimiento y que se propagó por toda Europa.

Habia llegado á los sesenta y tres años de edad cuando el elector de Baden le llamó á Heidelberg, donde llegó el 10 de setiembre de 1803. Era el puerto en que su barca errante y agitada debia al fin encontrar la calma. El elector, en recompensa del tratamiento que le aseguró y de su proteccion afectuosa, no le exigió ninguna enseñanza contraria á sus deseos: dióle espresamente el 10 de setiembre de 1805, dia de su llegada á Heidelberg.

—Me regocijo infinito de ver á vd. en mi país; desde mi infancia he tenido el mas grande deseo de dedicar todas mis fuerzas en favor del cristianismo; pero tambien es preciso que dedique mis esfuerzos para gobernar el país. Vd. es el hombre que Dios ha preparado para contribuir á que su causa prospere por medio de vuestra correspondencia y vuestros escritos; y esta es la razon por la cual le he llamado y emancipádole de cualquiera otra obligacion.

Se concibe desde luego la alegría que Enrique Stilling experimentaríase escuchando semejantes palabras. Algun tiempo despues escribia en su periódico.

«Mis ocupaciones actuales son: 1.^o tratar las enfermedades de la vista; 2.^o componer obras religiosas; 3.^o propagar y distribuir gratuitamente entre el pueblo folletos de edificación, con el auxilio de varios amigos cristianos que suministran las sumas necesarias para la impresión. Ignoro si el Señor me destina para otra cosa además: soy su servidor: que me emplee según su gusto; pero yo no daré en adelante un paso sin conocer positivamente su voluntad.»

Hay sinceridad en esta palabra *positivamente*. Se comprende que, si se procura hacerle retroceder de esta misión benéfica y religiosa que le hace tan feliz, Stilling estudiara esta vez con una atención muy escrupulosa la razón providencial de un cambio de situación. Por fortuna no sobrevivió a este llamamiento positivo.

En esta época, los recuerdos del tiempo pasado herían de vez en cuando la imaginación de Stilling.

—Mi vejez, decía, es poco parecida á mi juventud. Heme aquí sentado sobre un magnífico sillón, escribiendo en un lujoso pupitre que yo he usado. Mi buena Elisa, cuida su casa lo mejor que puede, y mi hija mayor, Cristina, la sigue y ejecuta sus órdenes. Es el único de mis hijos que está á mi lado, y amenudo me deleita y me alegra cuando toca el piano mientras leo ó escribo. Mi hija Ana vive en Heidelberg con su querido esposo el profesor Schwartz y sus diez hijos. Mi hijo vive en Badstadt con su muger y sus hijos: su hija mayor Augusta también la tengo á mi lado, y alegra con sus donosos juegos mis muchos años. Mi hija Carolina dirige el instituto de señoritas fundado por la señora de Graimberg, quien se ha encargado de la educación de las dos princesas, hijas del gran duque, y quien ha llevado consigo para que la ayude en el palacio, á mi tercera hija Amelia. La una y la otra dejan pasar muy pocos días sin venirme á visitar. Mi segundo hijo Federico, acaba de separarse de nosotros para comenzar en Rusia su carrera administrativa; su canto y su guitarra me llenaban de deleite.... pero

basta; me detengo mucho, y hago lo mismo que los abuelos que casi chocan cuando hablan de su familia.

Hasta en sus últimos años, continuó Stilling prestando sus cuidados á los pobres ciegos. En 1816, en un día que estuvo en Baden hizo la operación á diez y siete. El número de las operaciones de la catarata que inscribió durante mucho tiempo en sus libros, ascendía á mas de dos mil, y fueron muy pocas las que no tuvieron, buen éxito.

En este mismo año acabó una historia de la Biblia.

Vió aproximarse su fin, sin ninguna emoción de temor; rodeado de sus nietos, se entretenía amenudo con ellos, durante sus últimos días, imprimiendo en sus jóvenes almas pensamientos religiosos, con una dulzura, una tranquilidad y una serenidad perfectas. Frecuentemente dejaba escapar palabras que revelaban su estrechada candidez. Habiéndole pedido una de sus hijas que con su esposa rogase en el cielo por los suyos, respondió Stilling candorosamente:

—Antes será preciso que me entere de las costumbres que hay arriba.

Respectivamente á su vida, que aunque había sido larga, á él le pareció un sueño, dijo haciendo alusión al poco precio de la existencia terreste y al poco sentimiento que merece su pérdida:

—En mi juventud tuve una flauta que quise con delirio; la dejé caer y se me rompió y lloré dos días consecutivos, y sin embargo, tan querido instrumento no me costó mas que diez y nueve cuartos.

En una ocasión, durante sus últimos momentos, que le era muy dificultoso poder respirar, sacó con presteza los brazos de la cama, y levantándolos en alto exclamó:

—Partamos, partamos, el viagero está dispuesto á emprender la marcha.

En el instante supremo, una estraña convulsión alteró sus facciones, como si hubiese distinguido una infinitud de espíritus tenebrosos; pero esto no duró mas que un corto momento; su rostro volvió á recobrar su paz, su celeste pureza, y á la una

del día exhaló el último suspiro.

Se deben los apuntes de estos por menores á su nieto Williams Schwartz que terminó su biografía, y las siguientes líneas que acabarán de pintarle, han sido escritas por su yerno Schwartz, profesor de teología en Heidelberg, y autor de obras notables sobre la educación y las ciencias morales.

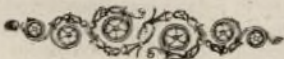
Las costumbres de Stilling fueron siempre puras; ejerció estrictamente la ley de la sobriedad, y supo añadir á su sentido altamente religioso el deber de la limpieza al que daba una grande importancia. Habia por lo comun en toda su existencia cierta cosa oriental: todas sus palabras eran significativas, y su alma entera aparecía en cada uno de sus pensamientos, y las imágenes que producía su viva imaginación se manifestaban esteriormente, con rasgos enérgicos y precisos, y con colores bastante pronunciados. Los dibujos que algunas veces hacía en sus horas de descanso tenían cierto aspecto duro y exagerado; las cosas que podían considerarse de una manera superficial y ligera, él las miraba con suma gravedad para los demás, pero todo esto, era el resultado de una conciencia escrupulosa y severa, y demostraba la necesidad de una verdad completa, tanto en los pensamientos como en las palabras. Todo cuanto tocaba, aun lejanamente á la religion y á la moral, era sagrado para él, y debía serlo para los demás en su presencia... Todo lo que decía y escribía, revelaba las afecciones de su corazón y su talento, daba á todo un carácter particular y esclusivo; habia en este hombre una candidez, una originali-

dad y una riqueza de pensamientos, una bondad, que ejercían una influencia irresistible sobre las personas de cualquier rango ó condición que fuesen; encantaba á sus amigos, disipaba las preocupaciones de los que se llegaban á él con cierta prevención, desarmaba sus burlas, y cuando se despedían iban enteramente cambiados y sorprendidos.

En su casa reinaba el mismo espíritu que le animaba; la habitación donde trabajaba, era como un templo apacible; las personas que vivían con él se sentían unidas por un amor de una ternura particular; al entrar en su casa se respiraba una atmósfera de paz y de dicha; jamás se oía allí una palabra desagradable y los criados servían con afección y fidelidad, como si fueran también miembros de la familia; se sentía en ella la fuerza que los había elevado á una altura de moral harto notable, sin haberlos hecho salir de su condición.

No podía, pues, faltar la bendición en una casa como esta; se encontraba allí cierto deleite, una grande sencillez y mucho orden; y á pesar de una posición no enteramente acomodada, todo cuanto podían desear los numerosos forasteros y amigos que buscaban su hospitalidad. Los niños recibieron una educación buena y completa, y jamás se quejaron por no haber tenido otra herencia.

«¿Qué ricos somos, escribía una de las hijas de Stilling á su hermana, y qué felices, por haber tenido padres tan buenos y virtuosos! ¿Quién de nosotras querrá cambiar esta dicha por otras riquezas?»



APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

CAPITULO II.

Mi padre deseaba con ansia tener un hijo, y Dios escuchó sus plegarias, pues vine al mundo al terminar el primer año del casamiento de mis padres; mi nacimiento causó una estremada alegría; mi abuelo don Higinio y mi tío el general, participaron del mismo contento; pero mi tío Luciano tuvo cierta envidia, porque á la sazón no tenía mas que una hija, y la segunda no habia nacido todavia; deseaba un niño, pero sus deseos no debían realizarse porque al año siguiente tuvo otra niña. La alegría de mi padre fué tal, que segun me refirió despues mi madre, rayaba casi en delirio, y en su consecuencia he tenido motivos para observar, que consideraba mi nacimiento como la felicidad mas grande que el cielo hubiera podido concederle: desde este momento le ofuscó mucho menos la fortuna de su hermano: ¿no tenía sobre él una grande superioridad?..... Sí..... ¡Tenia un hijo! con qué orgullo pronunciaba esta palabra. «¡Mi hijo!» De cualquier modo que sea, mi venida al mundo tuvo al menos de bueno, el establecer una especie de equilibrio entre mi tío y su hermano.

Sin embargo, mi aparicion en la tierra no dejó tambien de levantar discusiones intempestivas. Mi madre me ha referido riéndose, y con la gracia natural que emplea en cuanto dice, las divertidas discusiones que escitó mi nacimiento, y sin yo saberlo, como pueden vds. presumirlo fácilmente. Se trataba nada menos que de saber á quien me parecia, si á mi padre ó si á mi madre; aquel encontraba en mi las

facciones de la persona á quien mas amaba en la tierra, y ciertamente, nací bonito (y perdon por este poquito de amor propio) me parecia á mi madre. Mi abuelo decia que era demasiada belleza la mia: «no es menester; exclamaba, desear tanta belleza en un hombre. Casi todos los que se ven tan favorecidos por la naturaleza, llegan á ser negligentes para las cosas graves de la vida; son fátuos é insoportables en su trato; prefiero la fisonomía imponente y marcial del general.» Mi abuelo tenia razon, y yo hubiera deseado tener esta semejanza: de mi madre tengo el color de los ojos, el rubio encendido de sus cabellos y la blancura de su tez; pero del general no tengo nada. Este es de una estatura elevada, de una fuerza hercúlea, y yo soy pequeño y débil; de mi padre solo tengo el timpano de la voz.

Sin embargo, tal como soy, me encuentra bonito mi familia y esto me basta, aun cuando desearia captarme las simpatías de los hombres mas bien por mi carácter y mis cualidades.

En otra ocasion se trató de arreglar mi porvenir y mi situación en la sociedad. Segun el dictámen de mi abuelo y el general, debían dedicarme á la carrera de las armas, porque á sus ojos no habia cosa mas bella y noble. Mi madre, cosa muy natural, se oponia resueltamente, no queriendo que le arrancasen á su hijo para llevarle al matadero (estas eran sus palabras). Mi padre queria que fuese abogado como él, y mi tío Luciano pensaba nada menos que en casarme con su hija que habia nacido pocos meses antes, y la daría un buen dote; pero esto no satisfacía á mi madre; deseaba para mi una carrera donde pudiese adquirir á un tiempo fortuna y reputacion; no podré esplicar á vds. hasta donde llegaban sus deseos....

¡Pobre madre!.... El hombre propone y Dios dispone.... La naturaleza no me ha dado el don de la elocuencia, no tengo nada de orador, ni la sangre fría, ni la improvisación, ni el gesto, ni el físico, ni el órgano de la voz; no puedo ser ni diputado, ni senador, por cuya razón mi ambición se limita a



DON HIGINIO DE LARA.

llegar a ser ingeniero de puentes y canales, y ¡afortunado mil veces si lo consigo!

Otra discusión: mi madre quería criarme; el médico se opuso; mi tío Justiniano dijo que los médicos no sabían lo que se decían, que era cosa muy natural que la madre alimentase a su hijo, y que lejos de debilitar su salud, la fortalecería, obedeciendo a las leyes de la naturaleza. Mi tío Justi-

niano sabía perfectamente cómo deben cuidarse los hombres y con especialidad los soldados; pero ignoraba las infinitas precauciones que exige la salud de una madre joven en los primeros días del nacimiento de su primer hijo.

Sin embargo era tal su influencia en la familia, que se siguió su dictamen; pero no habían transcurrido dos semanas cuando mi madre se vió atacada de una fiebre ardiente, y yo es-

tuve en grande peligro.... Entonces quiso que me llevasen al campo y que fuese confiado á los cuidados de una robusta nodriza, cuyo medio era ciertamente el mas puesto en razon; pero como su primer dictámen produjo tan malas consecuencias, no quisieron seguir su segundo consejo. Mi madre dijo que no se separaria de mi porque deseaba presenciar las primeras exigencias de mi educacion; mi padre trajo á casa una nodriza, buena y robusta, muger que me prodigó todos los cuidados imaginables, pero no podia darme el aire puro y vivificador del campo, tan necesario á mi débil constitucion, todavia delicada por las circunstancias que acabo de referir. No obstante, me mejoré lo suficiente para que se pudiese pensar en mi bautismo, pues mi excesiva debilidad debió retardar esta ceremonia religiosa.

Mi abuelo se brindó gustosamente á ser mi padrino, pero se necesitaba tambien una madrina; grande obstáculo y nuevas discusiones! Esta no era bastante rica, la otra se la conocia hacia poco tiempo, esotra no erade buena casa, esotra era por el contrario de familia muy distinguida para que aceptase la proposicion. y de este modo pasaron revista á todas las señoras de la sociedad, sin hallar una que reuniese las condiciones que se deseaban, pero mi tio Justiniano decidió la gran cuestion.

—¿A qué buscar tan lejos lo que se encuentra tan cerca? exclamó. ¿Por qué no ruegan vds. á la esposa de don Luciano, para que sea la madrina de mi sobrino?

La propuesta fué unánimemente aprobada, pero faltaba otra cosa; la eleccion de mi nombre. Aqui te quiero ver escopeta. Mi abuelo quiso que me llamase Higinio, el general, Justiniano, en lo que mi padre convino por reconocimiento y gratitud á su bienhechor; mi padre se llamaba Antonio, y mi madre quiso que yo llevase el nombre de mi padre, al paso que mi madrina deseaba que me pusiesen Ildefonso. Seria enojoso reproducir aqui todo cuanto se dijo en el particular, y las consideraciones y los por

qué, etc., fueron cuestiones interminables que ya se iban espresando con cierta acritud; pero mi tio Justiniano puso término á la cuestion, diciendo que no hallaba razon por que no pudiese yo llevar todos los nombres á un tiempo, máxime que esta série patronímica se verificaba en otro tiempo en las familias mas aristocráticas. Esto tenia por otro lado, cierto carácter de nobleza; el general dijo esta frase con una gravedad imperturbable, que mi madre y mi abuelo, secretamente lisongeados admitieron su parecer; mi padre halló el asunto bastante original, pero aceptó. En su consecuencia, yo me llamo *Higinio, Justiniano, Luciano, Ildefonso, Antonio Barrientos*. ¡Gracias á Dios que ya vemos conciliados todos los gustos, á trueque de echar mano al calendario cuando tenga que decir cómo me llamo!

Crecí, pues, bajo la direccion de la buena Gertrudis, mi nodriza, hasta la edad de cinco años, *espuesto* á los cuidados excesivos de mi padre y especialmente de mi madre; no es posible considerar de cuantos peligros se ven rodeados los niños en este primer período de la vida por los cuidados exagerados de sus padres; ¿cuántos viven, pero enfermizos, raquíticos y nunca son mas que jóvenes ancianos? para estos, la mas ligera corriente de aire, la menor traspiracion detenida, una fatiga que no seria nada en otros, una insignificante privacion, un frio un poco intenso, son otras tantas causas de enfermedades; cuando llegan á la edad del vigor se convierten en fieles clientes del médico y del farmacéutico. ¡Pobres niños! ¡Cuánto asesina una ciega ternura! Y luego esclaman los padres: ¡Mi niño es de una contestura tan débil, que temo mucho que le podamos educar como corresponde! ¡Eh! ¡mal haya sea el diantre, teneis razon, ¿pero quién tiene la culpa sino vosotros que mimais tanto á vuestros hijos? ¿Cómo quereis que se fortifiquen si los enervais á puras precauciones? Si come un día un poco mas que otro, tiene indigestion; si ha tenido indigestion dos ó tres veces por una causa estraña á los alimentos, lo atribu-

yen al esceso de la comida, y desde entonces nos tasan la manutencion, sin conocer que nos matan de hambre, é incapacitan nuestros estómagos para un alimento fortificante... ¿No es esto verdad? ¡Cáscaras! y tan verdad como es. Que nos den un alimento mas sustancial; una buena tajada de carne asada que diga *comedme*, una copita de vino (*¡huy, que rico!*), y en menos de tres meses, verán como nuestros ojos se reaniman, y se manifiestan los colores de la salud; nuestros movimientos serán mas flexibles: viva nuestra inteligencia y viviremos sanos.

—Pero si le dejo espuesto á los rigores del frio, dirá un papá haciendo pucheros, mi niño se pondrá malito. — Ciertamente, se resfriará una, dos, diez veces; curadle, y luego dejadle que juegue con la nieve, y apuesto la peluca de mi maestro á que no vuelve á resfriarse. Tengo la esperiencia de ello en mi propia persona.

—Si mi niño (continúan los gemidos del papá) da una carrera muy larga, por la noche estará rendido. — ¡Rendido? Luego temiendo que se rinda, le prohíben vds. todo ejercicio un poco violento, ejercicio natural, necesario, indispensable á su edad, porque el resultado de vuestras precauciones preventivas, es el debilitar el sistema muscular, poniéndole inútil para todo movimiento que pida energía. Que haga hoy un poco de ejercicio, mañana un poco mas, pasado mas todavía, así por espacio de tres meses, y se pondrán vds. alegres como unas castañuelas, cuando vean al rapazuelo, correr, saltar, encaramarse, luchar ventajosamente con los niños de su edad, y soportar marchas, fatigas, á cuya idea temblaban vds. pocos meses antes.

Cien veces al día decía mi madre: ¿hace mucho calor? ¿hace mucho frio? ¿el niño no está bien tapado? ¿ha comido poco? ¿ha comido mucho? ¿ha paseado con esceso? ¿ha paseado poco? ¿ha bebido demasiado?... Tiene vd. otra preguntita que hacer mamaita de mi alma? Ésta laudable solicitud me encerraba en un círculo tan estrecho, que por su continuacion me era bastante nociva.

La Gertrudis, mas simple y mas confiada en la Providencia, propuso con frecuencia timidas objeciones que rechazó mi madre como una blasfemia contra la ternura natural: la consecuencia de este sistema fué, que á la edad de cuatro años yo parecia un fideo, y era chiquitín, amarillento y lánguido, tanto que si no se varia de conducta, á la edad viril hubiera sido una verdadera *marica*. Mi tío Luciano me miraba compasivo y se consolaba admirando á sus hijas, cuya fuerte complexion y brillante salud confirmaban tambien la superioridad del sistema enteramente distinto que se seguia con respecto á mi educacion. Don Higinio vituperaba sin rebozo la funesta ternura de su hija, mas esta le respondia con lágrimas, y al punto le reducía al silencio. Por una consecuencia que puede llamarse lógica, mientras mas me debilitaba, mas se aumentaba la solícita inquietud de mi madre, espíaba mi respiracion y contaba amenudo las palpitaciones de mi corazón... Si subía la escalera corriendo, las gotas de sudor aparecian en mi frente, mi respiracion se precipitaba, y mi madre alarmada, regañaba á Gertrudis por haberme dejado subir tan de prisa.

Mi padre, mas reflexivo, quiso cambiar el curso de las cosas; pero mi madre dijo que me matarian, que nadie mejor que una madre sabe lo que le conviene á su hijo: mi padre, retrocedió á sus ruegos, y tomó el partido de guardar silencio en adelante.

Solo un hombre de mi familia podía salvar mi existencia visiblemente amenazada; este era el general. Amenudo se habia opuesto al régimen de mi madre, pero sin éxito; mas viéndome desmejorar de dia en dia, vino cierta mañana solamente á decir, que me llevaba á su quinta, donde me esperaba una aya francesa.

Mi madre se resistió con todo su poder y suplicó á mi padre que viniera en su socorro; mas este contemplaba con secreta alegría mi marcha y la de mi tío. Fué inútil toda resistencia, y á pesar de los gritos y las lágrimas de mi madre, el general me cogió resueltamente en brazos y me llevó al coche

que le esperaba en la puerta dándome su reloj para calmar mis lágrimas, pues yo lloraba por haber visto llorar á mi madre... ¡Chis, chas!... sonó el látigo, y hétenos camino de Fuencarral.

El viage se hizo á las mil maravillas, sin que mi tío Justiniano hubiera llevado á mal que rompiera el gran resorte de su reloj, ni que le hubiera arrancado sin cumplimiento, algunos pelos de su blanco y largo bigote.

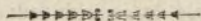
Al llegar á la quinta se me puso bajo la inmediata inspeccion de una señora mayor, alta, seca, huesosa, y amarillenta. Llamábase madama Victorina mi aya francesa: en un principio la tuve aversion, porque en nada se parecia á mi madre, y sus cabellos de un rubio encendido, sus ojos azules, sus brazos largos, sus movimientos poco airosos, su voz de corneja, y sobre todo sus dientes largos como paletas, la daban cierto aspecto extraño que no me gustaba mucho y hasta me asustaba.

Sus buenos cuidados, pues, justificó cumplidamente las esperanzas de mi

tío Justiniano; me fueron acostumbrando insensiblemente á su trato, y no pasó mucho tiempo sin que jugase con ella y aun la hiciese rabiar, aunque tenía una paciencia á prueba de bomba. Nadie mejor que ella entendia los cuidados materiales que convienen á los niños. A cualquier hora del día que yo pidiese de comer me daba una buena rebanada de pan con manteca y algunas golosinas poco nocivas: nada de azúcar, poca fruta y mucha carne asada y vino; por la mañana y tarde me zampaba en un baño frio y me tenia en él una media hora; en seguida me llevaba al jardin donde estaba una gran parte del día corriendo, revolcándome por el suelo con *Perendengue*, un magnifico perro de Terranova que mi tío habia comprado en Cadiz á unos marineros. Era un buen animal, inteligente y manso hasta dejarlo de sobra, compañero asiduo de mi primera infancia: ha muerto de vejez y confieso que no puedo acordarme de él sin enternecerme.

(Se continuará).

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.



EL ESCLAVO.



§. II.

(CONTINUACION.)

Cuando llegó el día de la venta, perfumaron á los celtas á la salida del baño; peinaron tambien con esmero sus largas cabelleras, y les pusieron varios adornos, teniendo especial cuidado de que estos atavios no oscureciesen el carácter extranjero que probaba su origen. En fin, cuando sonó la cuarta hora, y que colocaron en sus frentes la misma corona de folia-

ge que habian llevado cuando verificaron su entrada en Roma, y que colgaron á sus cuellos un cartel que contenia en renglones bastante inteligibiles las cualidades de cada uno, los condujeron á un tablado que se hallaba situado delante de la taberna; juntaron á estos unos quince esclavos antiguos, cuyo propietario aguardaba deshacerse de ellos con la ayuda de la afluencia que atraeria la venta de los armorianos.

Segun las leyes de Roma que ordenaban á los chalanos declarar el origen de sus esclavos por signos esteriorees, estos últimos no llevaban la corona de follage que distinguian á los prisioneros de guerra; pero sus pies

frotados con tiza, anunciaban que eran de ultramar; algunos llevaban un gorro blanco de lana para demostrar que el chalán no salía garante de sus cualidades y no quería tomar por su cuenta respecto á los compradores, ninguna de las responsabilidades que las leyes romanas le imponían.

Por segunda vez el foro romano ostentaba su esplendor delante de los habitantes de la Armórica, y si bien es verdad que los pobres cautivos habían recuperado en el descanso gran parte de sus antiguas fuerzas, también es cierto, que sus almas no estaban ni menos triste, ni mas accesibles á las distracciones. Apenas observaban todo aquel lujo de mármol, de bronce, ni la esplendidez de tan grandiosos monumentos. Solo una cosa los admiró, y fué el aspecto casi desierto de aquella plaza, delante de la cual, pocos días antes vieron circular tanta población. Era precisamente el momento en que los magistrados hacían justicia, en que los negociantes trataban sus asuntos de comercio en las basílicas, y en que los vendedores se hallaban ocupados en las tabernas; en cuanto á los ociosos, habían acudido como siempre al lugar donde estaba el movimiento, y se veían gravemente ocupados en mirar el trabajo de los otros, y en juzgarlos sin tomar parte en ellos.

Dentro de una ó dos horas debía cambiar completamente la fisonomía del Foro; la población romana al salir de los tribunales, de las tabernas y de las basílicas, debía inundar aquella plaza; pero mientras no llegaba este instante, los cautivos eran dueños de sus acciones y de sus pensamientos.

Emplearon este tiempo en darse mutuamente sus últimas despedidas; sus manos se pudieron estrechar una vez todavía; pudieron demostrarse con lágrimas sus sentimientos; hablar de aquellos que habían muerto en el combate; repetir el nombre del país en aquel dulce lenguaje céltico que era preciso abandonar muy pronto para emplear el de sus dueños.

Los mas fuertes procuraban consolar á los mas débiles hablándoles de

venganza; repetían con entusiasmo que aun no se había perdido todo en Armórica, porque los dioses que siempre la protegían, velarían por sus hijos desterrados. Pero entre las voces que se elevaban para reanimar la fiebre de los cautivos, sobresalía con especialidad la del viejo druida Morgan.

—No mostremos nunca cobardemente á los enemigos las heridas de nuestros corazones, exclamaba con acento respetable y sonoro. Después de haber derramado nuestra sangre delante de ellos, no les demos el placer de que vean además correr nuestras lágrimas; cualquiera que sea la suerte que este pueblo nos tenga reservada, ningún infortunio será tan cruel para nosotros como el que hemos experimentado cuando nos han arrancado por fuerza de nuestro suelo paternal. Tengamos valor y alimentemos la idea de que ya hemos sufrido la mas grande prueba. Las mismas mugeres, aun cuando vean que sus hijos están condenados á nuevos tormentos, no dejen escapar un grito, y el corazón del armoricano sea bastante grande para reprimir el llanto de su madre.

Morgan miró á los que le rodeaban con una expresión de sublime superioridad; pero cuando observó á Norva, cuyos ojos se fijaban con ansiedad sobre los de su hijo, se compadeció, y su voz pasó al instante á un acento mas dulce.

—Norva, exclamó; eres la muger de un gefe; piensa en que desde el palacio de las nubes en que habita ahora, te mira mi hermano: no le hagas desmerecer á los ojos de los héroes.

—Procuraré hacerlo, dijo la madre.

—Y tú, niño, añadió el anciano volviéndose hacia Arvins, tú que dentro de algunas horas, acaso no seas mas que una triste rama desprendida de su tronco, acuérdate que la Armórica es tu patria, y que antes del día en que Roma abatirá á tu suelo natal, los celtas que hoy se ven entre cadenas vivían libres y dichosos bajo la protectora sombra de sus bosques y de sus nevadas selvas. ¡Todo el odio para nuestros vencedores! y cuando nues-

tros dioses, los únicos verdaderos y poderosos, permitan que llegue el momento de la libertad para tu país, muestra á esta nacion que tambien nosotros somos dignos de ser dominadores, y que sabemos hacer sufrir. Si en alguna ocasion te sintieses compadecido á la vista de tus contrarios, recuerda tus sufrimientos, y ellos te dirán que los armoricanos, á falta de otra herencia, han transmitido á sus hijos la de la venganza.

Los ojos encendidos de Arvins contenian mas promesas que las mas enérgicas palabras. Morgan, el noble y valeroso anciano, pero el sacerdote de una religion que no admite conmiseracion, se encontraba dichoso por los sentimientos que acaba de escitar, y poniendo su mano sobre la cabeza del niño en señal de bendicion, se dirigió á su madre con las siguientes palabras:

—Nada temas por tu hijo, Norva: tiene ya el corazon demasiado fuerte para que no tome venganza en un tiempo de los males que experimenta.

La clepsidra (1) del templo de Castor señalaba la quinta hora, precisamente el momento en que la plaza del Foro iba á ser invadida por la multitud, y el chalan impuso silencio á los esclavos.

Norva se acercó á Morgan, y cogiendo á su niño de la mano, lo estrechó en sus brazos, pues le parecia sentirse mas fuerte, viéndose colocada bajo esta doble proteccion de amor y de piedad. Arvins puso la mano de su madre contra su corazon y le lanzó una mirada que contenia todas las suplicas sumisiones de la infancia unidas á las orgullosas resoluciones del hombre.

Los curiosos no tardaron en acudir á las tabernas de los esclavos que se

hallaban situadas en los diferentes puntos del Foro: cada uno de los chalanes con su varita en la mano y paseándose por delante de los tablados, procuraban llamar la atencion de la muchedumbre encareciendo á voz en grito las cualidades de sus esclavos.

—Acercaos á mí, ilustres ciudadanos, gritaba el propietario de Norva y su hijo, ninguno de mis cafrades puede daros esclavos dotados de cualidades tan maravillosas como los míos. Ya sabeis que soy conocido hace mucho tiempo en el comercio por la superioridad de mi mercancia.—Mirad, mirad, añadía designando á un armoricano de unos treinta años, notable por la belleza de sus formas y la energia de sus actitudes. ¿Dónde encontrareis un hombre tan fuerte y tan hermoso? ¿No es digno de tomarle por un Hércules? Pues bien, nobles romanos, creed en mis palabras, pues nada me obliga á mentir; este esclavo es mil veces mas recomendable por su probidad, su inteligencia, su sobriedad, su sumision, que por la belleza que tanto os admira. ¿Quién de vosotros no haría gustosamente un pequeño sacrificio para adquirir tan raro tesoro?

Mientras más se aumentaba la multitud en derredor de la taberna del chalan, mas esforzaba y duplicaba sus pregones. Se hubiera creído que la cara innoble de este comerciante de *hombres*, exacta personificación de todas las pasiones vergonzosas y brutales, habia sido arrojado allí como contraste delante de aquellas hermosas cabezas célticas, cuya mayor parte no revelaban mas que orgullosos instintos y sentimientos graves.

Muchas eran ya las ventas que se habian verificado; infinitas tambien las sentencias de separacion entre seres amados: mas de un anciano vió alejarse el hijo sobre el cual se apoyaba; mas de un niño vió partir á su madre, y sin embargo todos sostuvieron unánimes la promesa que hicieron de no dar á sus enemigos el espectáculo del dolor. Se reprimian los sellosos, los suspiros, las lágrimas, y cuando veian que un compañero atravesaba la multitud, volvian la cara á otro lado á fin

(1) Clepsidra es un reloj de agua de que solian servirse los antiguos para medir el tiempo: en el momento de subir un orador á la tribuna le ponian delante la clepsidra, y el tiempo que tardaba en correr el agua, era el concedido á la estension de su discurso. Se concedian á un orador una, dos, tres clepsidras, etc.

de no conmoverse; si una madre se encontraba sin valor al presenciar la partida de su hijo, todos se situaban delante de ella con el objeto de que sus gemidos no llegasen hasta sus dominadores.

Las mudas escenas de este drama punzante y destrozador, afectaban el alma de Norva; á cada sentencia pronunciada en contra alguno de sus hermanos, sentía desarrollarse en su existencia una nueva facultad dolorosa; pero cuando se encontraba predispuesta á desfallecer, levantaba sus ojos hacia Morgan, y la vista de esta cabeza imposable le devolvía su perdido valor.

Sin embargo, durante algunos momentos permaneció lleno de alegría el corazón de esta pobre mujer, porque vió que una misma persona había comprado á una madre y á su hijo; pero bien pronto un triste recuerdo la llenó de pesar: había en su derredor tantos niños sin madre! tantas madres sin hijos!

Ya no quedaba mas que una docena de armoricanos, entre los que se encontraba aun el grupo de Morgan, Norva y Arvins, cuando la mirada de un liberto se fijó atentamente en este último.

El chalan, siempre prevenido á lo que pasaba en derredor del tablado, se puso rápidamente al lado del niño, y colocando la punta de su barita sobre su espalda:

—Observadle bien, noble romano, exclamó dirigiéndose al liberto; al ver á este muchacho tan alto y tan robusto, no direis sino que tiene lo menos quince años; pero yo puedo probaros que solo tiene nueve años; juzgad ahora lo que será en cierta época de su vida: esta raza armoricana es verdaderamente maravillosa.

Norva no pudo menos que estremerse viendo la varita del chalan sobre la espalda de su hijo. En cuanto á Arvins no manifestó ni el mas leve signo de abatimiento durante el prolijo examen que el comprador hizo en su persona.

En fin, despues de quedar convencido de que el niño le convenia, propuso trescientos sestercios para su compra:

uno á guisa de subasta, ofreció cuatrocientos sestercios, y no habiendo quien pujase, el último postor subió al tablado y se acercó á un hombre que tenia delante una mesita, sobre la cual se encontraban balanzas de bronce; y tomando un *as* (1) en la mano, pronunció estas palabras:

—Yo digo, que segun el derecho de los *quirites*, este jóven es mio, y que le he comprado con esta clase de moneda y esta balanza.

En seguida dejó caer el *as* en uno de los platillos.

El ruido que produjo la caída de la moneda, fué un golpe mortal para Norva, pues esta misma operacion habia precedido á la partida de sus demas compañeros. El niño se turbó un momento viendo la palidez de su madre; pero una mirada de Morgan bastó para reanimarle en su actitud.

El anciano se inclinó de pronto hacia Norva, murmuró algunas palabras en sus oídos, y la pobre madre se levantó con rapidez.

Esta escena fué demasiado pronta para que fuese notada por los concurrentes. Morgan, á lo menos, pareció creerlo así, puesto que lanzó sobre la multitud romana su misma mirada de desden.

El chalan cogió de la mano á Arvins para reunirle á los antiguos esclavos del liberto, que esperaban á un nuevo compañero al pie del tablado. Un ademán violento y brutal separó al niño de la madre, y los labios de esta pobre mujer no tuvieron ni el tiempo de posarse sobre la frente de su hijo.

—Hasta otra vez, madre mia, exclamó Arvins; nos volveremos á ver dentro de poco, así lo espero, pues cuento para ello con mi fuerza y mi paciencia. —Hasta otra vez, Morgan.

—Adios, exclamó este tendiendo la mano.

Y su brazo permaneció gran tiempo levantado, pues ocultaba con él la palidez mortal de Norva, cuyo rostro ningano veia.

(Se continuará.)

(1) Moneda de cuatro maravedises, y libra de doce onzas.